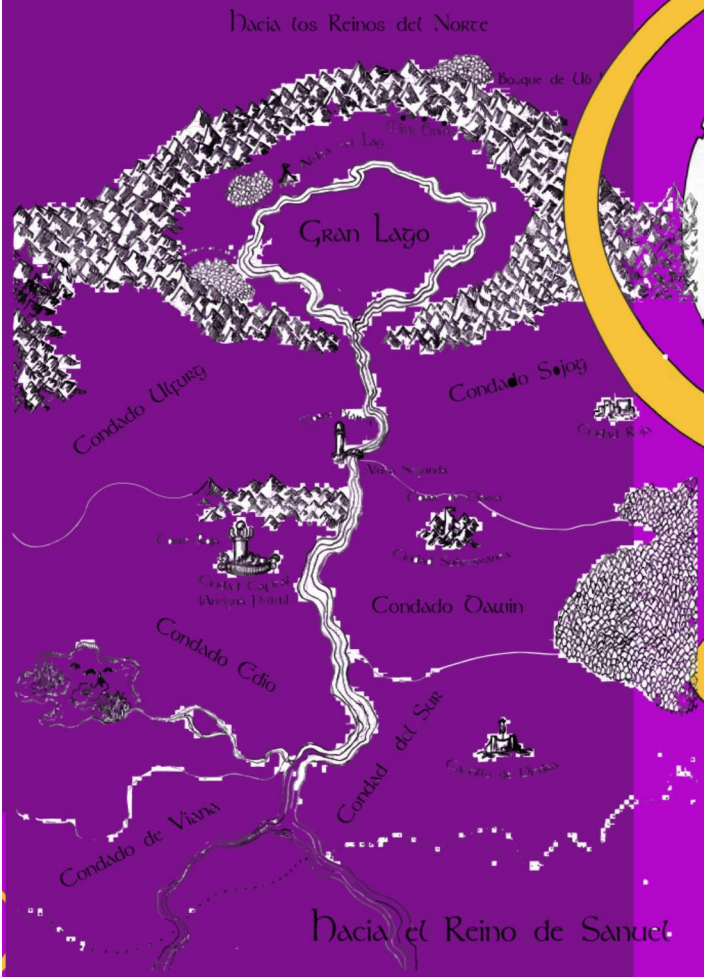
Rejno

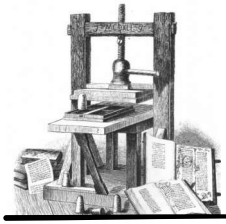


Angseo

Rejno
El lago en la montaña II

Otra vez para
Eva, Simón, Amanda y Bautista

Este libro se escribió en el Pueblo Las Flores
Y se imprimió en el Pueblo de la Toma
En el Anillo de la Luna Cósmica Roja

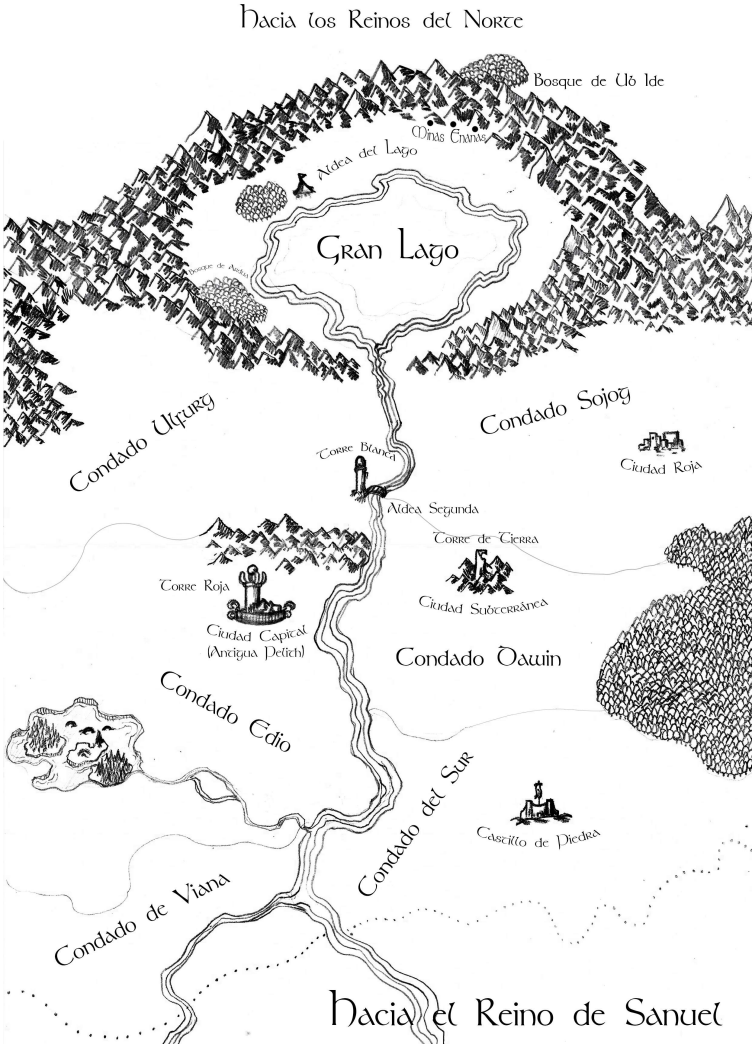


Imprimió:

UNC Universidad Nacional de Córdoba

ESCMB

Pueblo de la TOMA Editorial


Hacia los Reinos del Norte
Bosque de Uó Ide
Minas Enanas
Aldea del Lago
Gran Lago
Bosque de Anduia
Condado Ulfurg
Condado Sojog
Torre Blanca
Ciudad Roja
Aldea Segunda
Torre de Tierra
Torre Roja
Ciudad Subterránea
Ciudad Capital
(Antigua Pelich)
Condado Dawin
Condado Edio
Condado del Sur
Castillo de Piedra
Condado de Viana
Hacia el Reino de Sanuel

De salvajes y colonos

En la oscuridad del bosque el guerrero montaba guardia, hacha en mano. Y recordaba, mientras sus tres compañeros descansaban. El enano en su coraza roncaba, el elfo meditaba un poco más allá, el tulií dormía plácidamente envuelto en una manta, totalmente confiado al cuidado de su compañero. Justamente eso recordaba el guerrero, su primer contacto con los tuliís.

Los salvajes habían atacado la aldea y habían sido repelidos, aunque con mucho daño en vidas y bienes. Como consecuencia el Conde mandó tropas y ahí estaban, en la plaza de la aldea, reclutando milicias para ir a acabar con los salvajes de una vez por todas.

-Nombre, edad y arma –le pidió el funcionario en esa mesita que atendía a una larga fila de aldeanos.

-Rejno, 18, hacha.

-¿Tienes arma?

-No.

No pudo evadir presentarse a la leva, aunque su maestro le había advertido que no matara tuliís. Ya hacía varios meses que no lo veía. El funcionario anotó algo y le entregó un trozo de papel que decía "hacha".

-Pasa por el carro a buscar y luego espera por ahí a que salgamos.

Hizo lo que le indicaron. El hacha que le dieron era horrible; no importaba, no pensaba usarla. Se sentó junto a unos muchachos que conocía, que estaban muy asustados y pretendían ocultarlo exponiendo odio a los salvajes. Pensó que él hubiera hecho lo mismo si no estuviera advertido, y si estuviera asustado claro. Optó por no juzgarlos, ni decirles nada, así que se quedó en silencio.

-¡Eh! ¡Grandote! ¡Ven aquí y trae a tus amigos! –Obedecieron -¿Saben luchar?

-No –se apuró a decir Rejno antes de que a alguno se le ocurriera fanfarronear –somos leñadores y agricultores. Yo trabajo en la taberna, podemos cocinar…

Los demás comprendieron la oportunidad que tenían de salvarse de exponer el pellejo, por lo que ni mencionaron sus "ganas de matar salvajes". El

soldado lo pensó.

-Vienen bien, no siempre nos cocina gente que sabe. Y se encargarán también de todo lo que sea carga y descarga. Vengan por acá.

Durante la campaña trabajaron muy duro, pero no corrieron peligro en ningún momento. Estaban siempre en la retaguardia, y el pequeño ejército tuvo siempre la situación más que controlada. Mayor número de guerreros, mejor tecnología y sobre todo, un aborigen que guiaba y asesoraba al capitán.

Nadie les avisó a los tuliís que el enemigo llegaba, la defensa fue evidentemente improvisada y la huida muy desprolija y desesperada. Quizás avisar era el trabajo de quien guiaba al capitán invasor.

Rejno y su pequeño grupo vieron desde una colina cómo el ejército del Conde arrasó con el intento de defensa de la aldea, que no era tan fea como la imaginaban, y luego se largó a saquear, asesinar, violar, quemar… A quienes huían los perseguían muy adentro del bosque, cazándolos cruelmente, sin piedad, sin importar la edad.

-Ésta es la humanidad de la que somos parte, o la que heredamos por lo menos –Dijo como para sí, pero escucharon todos. Nadie contestó, ni para asentir ni para negar.

-¿Qué pasa Rejno?

La pregunta de Waiti lo hizo volver a la guardia, a la noche en el bosque donde descansaba con sus compañeros en este largo viaje.

-¿Rejno? –insistió Waiti; pero demoró un rato más en contestar.

-Yo no maté a nadie de tu pueblo…

Waiti entendió en qué estaba absorto su compañero.

-Gracias por decírmelo; aunque hubieras matado, yo ya estoy en paz con todo eso. Tu deuda está totalmente saldada, amigo. Estás totalmente redimido… -Veía la cara de su amigo transformarse por la angustia.

-Pero tampoco hice nada para salvar a nadie, me quedé ahí, mirando, sin hacer nada… Y no me siento redimido, en lo más mínimo.

Estaba oscuro, pero Waiti adivinaba los ojos húmedos del joven.

-No me volverá a pasar, ya no me quedaré más mirando, sin hacer nada…

-Y para eso cuenta conmigo; pero pienso que es lo que estamos haciendo, ya no estamos sólo mirando.

-Cuando volvamos, podemos buscar al que los entregó…

-Por eso tampoco te preocupes, ya está hecho. Bueno… Pongamos la cabeza en el viaje, ¿sí? –Se levantó y empezó a juntar sus cosas –Prepararé algo para desayunar…

-¿Cómo? ¿Escuché desayuno?

-Sí, Droeam. Vamos, ayúdame a prender un fueguito.

Llevaban veintidós días de viaje hacia el norte, guiados por mapas que sacaron de las ruinas de Ub Lide. Según esos mapas, no estaban lejos de la costa, donde deberían encontrar la forma de embarcarse porque para llegar a destino necesitaban cruzar un afamado peligroso estrecho.

Hasta aquí habían evitado contacto con las civilizaciones, pero en la costa iban a tener que interactuar para conseguir cómo embarcarse. Todavía no iban a tener problemas con el idioma, después, probablemente sí.

Una vez que cruzaron las montañas, el clima se fue tornando cada vez más cálido, a no ser por las tormentas que de tanto en tanto cruzaban. De todos modos, en gran parte, el paisaje era triste, desolado, como consumido por muchas plagas y sin tiempo o fuerzas para reponerse. Y eso a pesar de que evitaron los pantanos que figuraban en el mapa y las zonas peligrosas.

El grupo quedó formado al final por Rejno, Droeam, Waiti y Ódego. Aunque todos estaban dispuestos a hacerlo, había muchos asuntos muy delicados para sostener en la corte y en el condado. Para quienes se quedaron no era más fácil o menos peligroso. De todos modos, quedaron muy conformes con los equipos. El de viaje y el del condado. Por lo demás, no quedaba otra opción más que confiar en que serían suficientes.

La misión del viaje era llegar muy al norte, cruzar el estrecho, buscar las tierras que habían sido cuna de dragones, conseguir ahí una planta específica que les señalaron los sabios. Hasta ahí bastante difícil. Luego debían conseguir sangre de dragón. Para eso no tenían mapas ni ideas, esperaban conseguir alguna pista en la cuna de dragones. Así y todo, la fe y la voluntad estaban en alto y la convicción de que lo lograrían no tenía fisuras.

Desayunaron, Ódego se puso la peluca y la barba que le había preparado Giulio para ocultar su condición de elfo. Se prepararon como para entrar a alguna ciudad, y salieron del bosque a pie, como hacía bastante andaban.

Llegaron a una colina desde donde miraron el mar. Rejno y Ódego Vestían ropa liviana, Droeam tenía su coraza y Waiti estaba con el torso

descubierto. Sintió ganas de nadar, sería casi como si estuviera en el Gran Lago. Vieron la ciudad rodeada por sus enormes muros, vieron el puerto y los barcos, que eran muchos. Siguieron con la vista el camino que iba de la ciudad hasta más o menos cerca de donde estaban ellos.

-Avísame si te vas a sacar la coraza, no quiero estar cerca –dijo Rejno.

-No me la voy a sacar. ¿Por qué lo haría?

-Los enanos en estas tierras son esclavos –aclaró Ódego -no pueden llevar armas o armaduras. Cuando lleguemos al camino deberás portarte como nuestro esclavo y tendrás que cargar nuestras cosas.

-Cargo las cosas pero no me quito mi coraza. La cubro con la capa.

-¿Con este calor? Bueno, es asunto tuyo. Dependemos de tu actuación, deberás ser muy sumiso.

-Entiendo esa parte, Rejno, no les fallaré.

Bajaron hasta el camino y lo empezaron a transitar. Cruzaron gente que venía de la ciudad, nadie los detuvo. Otros a caballo o con carreta que iban hacia ella los pasaron, nadie preguntó nada ni les habló.

Cuando se acercaron lo suficiente empezaron a notar que el gran muro era más que nada ruina,

estaba roto por varios lugares y parecía no tener mantenimiento. Viéndolo más de cerca y ya atardeciendo, se distinguía que muchas familias tenían su hogar calado en el muro.

En la ciudad era un hormiguero de gente, muy espaciadamente pasaba algo parecido a una patrulla. Nadie cuidaba el ingreso a la ciudad. Nadie cuidaba nada y estaba superpoblada y muy pobre. Más adentro y cerca del puerto sí había más edificios grandes y más tropas. Notaron diferentes tipos de trajes de los soldados, por lo que pensaron que debía ser una ciudad cosmopolita.

Era verdad, los enanos eran esclavos junto a algunos humanos. Los vieron en las calles pero los vieron además siendo vendidos en la plaza. No quedaba nada de la dignidad enana en esos rostros.

Cuando avanzó la noche entraron a una taberna bien cercana al puerto. Droeam se quedó en el establo con los caballos y los esclavos de los clientes. Los demás comieron y preguntaron cómo cruzar el estrecho. A la mañana siguiente ya estaban en un barco mirando por la borda, salvo el esclavo, que estaba cocinando.

El puerto al que llegaron era más grande, y con más barcos. Antes de llegar se habían cruzado, a prudente distancia, con una gran flota de guerra. La

ciudad también era más grande, más mantenida y más militarizada. Desde el barco se veía que pululaban soldados. En ese momento el capitán del barco se les acercó y les habló.

-Bienvenidos a Adrón Ce. ¿Es grande, no? Si no andan bien de documentos, será mejor que bajen mañana en unas costas menos oficiales; pero tiene otro precio.

-Sí, preferimos el desembarco menos oficial –Contestó Rejno.

El Árbol de Ardua

Bolongüé llegó al árbol donde Célene lo había citado. Era un enorme fresno muy adentro del bosque. La encontró acariciando a la grifo, que estaba echada a su lado. Estaba muy herida, con sus alas chamuscadas al igual que partes de su plumaje. Sobre todo la notó muy cansada. La elfa la acariciaba y cantaba con profundo sentimiento, una antigua canción en un antiguo idioma.

Se quedó de pie junto a ellas hasta que la canción terminó y Célene lo miró.

-Buenos días Célene, vine en cuanto me dijeron –hizo una reverencia con la cabeza.

-Buenos días querido amigo –sus ojos estaban húmedos – gracias por venir. Mira, sobrevivió y nos trajo un regalo –no dejaba de acariciarla – Te quería pedir que te encargaras de su curación. Ahora está bien, pero contigo se recuperará más rápido.

-Por supuesto…

-Y que junto a sabios y sabias de Ub Lide te encargues de esto.

Agarró y le mostró que de una fina cadenilla que llevaba la aún hermosa criatura, colgaba un relicario de plata. Lo abrió y sacó una semilla del tamaño de una manzana. Cuando Bolongüé la recibió no pudo evitar que le temblara la mano; pero al recuperar el control, guardó la semilla del Árbol de Ardua en su morral, como si fuera una semilla más.

-Mientras Drana duerme, puedes contarme cómo marcha el trabajo. - Solicitó la reina.

-Me reuní con Giulio hace dos días. No hay novedades de la corte. De todos modos haremos próximamente una fiesta pública a la que uno de nosotros asistirá como Zuldur. El disfraz está listo, es bastante aceptable, mientras no hable y no dejemos acercar a nadie. Los negocios humanos parece que se están desarrollando bien, y no hay problemas políticos. La población de la aldea está aumentando también, y sin Rejno no tenemos mucho control sobre la milicia. Giulio tiene ahí a alguien de confianza, pero no es lo mismo.

-¿Los tuliís?

-Siguen creciendo, en su aldea y en el huerto del bosque. Una guerrera ocupó las funciones de

Waiti. Se llama Apaí. Está aprendiendo pero trabaja a conciencia y muy bien. Los enanos también se están organizando en las minas, liderados por Leam y un primo suyo de nombre Gould. Aglutinan a los que huyen de la esclavitud del norte. Están montando una herrería grande también. Acordamos que podían utilizar las escamas del dragón para hacer escudos. ¿Hay noticias de la misión? - Ahora preguntaba el guerrero.

-No, hace días que ya no puedo verlos.

-¿Y acá necesitan algo?

-Acá estamos muy bien, sanando también. Y vamos a estar mejor cuando tengamos el Gran Árbol del bosque junto al Gran Lago.

-¿Ya sabes dónde plantarlo?

-No, eso será parte de tu trabajo también.

-Entonces mejor que empiece ya, si no hay algo más.

-Puedes ir. Empieza por buscar a alguien de Ub Lide para que te acompañe y se quede a cuidar el brote de la semilla; así pronto estarás de vuelta y te encargarás de Drana. Gracias por todo querido amigo.

-No, gracias a ti por confiarme este trabajo. Estaré de vuelta muy pronto –Hizo una reverencia con la cabeza y se retiró como acostumbraba, veloz y sin perder la elegancia en los movimientos.

La cuna de dragones

Ódego acostumbraba adelantarse y patrullar un poco alrededor del grupo mientras avanzaban, aprovechando su exceso de energía y habilidad, para evitarles a sus amigos alguna sorpresa desagradable.

-Ya falta poco, y es un camino seguro. Pero un anciano nos sigue, hace un par de días.

-Lo esperemos entonces, es peligroso andar solo por estos lugares –Señaló Rejno –Le preparemos un recibimiento.

Al rato, el anciano se encontró rodeado por los cuatro guerreros que lo esperaban a la vuelta de un senderito que bajaba el acantilado lúgubre y penoso en el que estaban.

-¿Hacia dónde se dirige señor? –lo interrogó Rejno en cuanto el anciano levantó la mirada y se percató de la presencia de los cuatro.

-Oh, mis asuntos no son de su interés,

jovencito.

-Lo son si nos está siguiendo –refunfuñó Droeam acomodando el enganche de su hacha.

-Ah, entiendo… creen que los estoy siguiendo en esta tierra lejana, desconocida y hostil; y se sienten amenazados. Quizás anden en asuntos peligrosos… Pero no, no los estoy siguiendo. Voy a la cuna de dragones.

Se miraron entre todos, menos Ódego que mantuvo la vista en el anciano y todos sus sentidos alertas.

-Mire usted, que increíble casualidad, hacia ahí vamos nosotros. Mi nombre es Rejno, mis amigos son Waiti, Droeam y Ódego. Podemos hacernos compañía si está de acuerdo.

-Claro que estoy de acuerdo, es peligroso andar solo por estos lugares. Gracias. Mi nombre es Atro. Un gusto.

-Vamos entonces –dijo Rejno cuando sus amigos lo miraron.

-Aunque, ahora que lo pienso bien, creo que sería mejor subir y rodear el acantilado. Es un poco más largo el camino; pero tendremos más posibilidades de llegar.

-Bien, vamos, si nadie se opone –nadie se opuso, comprendieron que Rejno quería buscar algo

en este encuentro.

Caminaron largo rato en silencio y otro largo rato entre comentarios banales de Atro sobre el camino, el clima, el paisaje, las rocas, los arbustos, los insectos… Les mostraba todo como si estuviera mostrando un hermoso jardín en lugar de ese triste páramo.

-Y ese arbusto de ahí… Sí, ya sé que no les impresiona mucho, pero es tan importante para la vida en este lugar… Miren, miren, estos gusanitos por ejemplo, dependen totalmente de este arbusto –se puso serio de repente –dicen que antaño, la vegetación y la vida en general aquí, eran similares a la de donde vienen ustedes, allá en el sur.

-¿Y qué pasó? –Waiti fue el primero en preguntar.

-Pasó de todo. Pasaron muchas criaturas que consumieron todo. Entre ellas algunas que habían sido creadas para proteger la vida y la tierra; como los dragones, como la humanidad.

-Era lo que temía escuchar.

-Pero no te preocupes, amigo Waiti. Ya no hay dragones ni humanos aquí.

-Justo eso me preocupa, se fueron a consumir otras tierras. Las nuestras por ejemplo.

-Eso sí. Hablando de dragones, no sé si saben,

se fueron hacia los cuatro puntos cardinales. No todos para destruir, según dicen. Hacia el este el blanco, que sí hizo alianza con una energía necrófila, por raro que parezca. Hacia el norte el azul, que se hundió en el mar y nunca más se supo de él. Hacia el oeste el ámbar, que cavó en la tierra y también se fue nadie sabe a dónde. Y por último el rojo hacia el sur, ese también peligroso y amigo de los humanos necrófilos.

Rejno se miró con sus compañeros.

-El rojo ya no existe –dijo y esperó la reacción de Atro.

-Ya veo. Y se llevó a alguien con él, por eso están aquí. ¿Sus asuntos son de mi interés?

-Parece que sí –dijo Ódego como primera intervención.

-Los elfos y los dragones no se han llevado bien los últimos milenios.

-Sobre todo los últimos días.

-Quizás los últimos dragones puedan reconciliarse con los últimos elfos.

-Veremos –Ódego demostraba estar muy tenso. Se quitó la peluca y la barba falsa.

-Entonces, no me desmintieron, así que supongo que vienen a buscar una planta. Conozco las plantas de esta tierra –sonrió.

-Ya vemos –Rejno también sonrió –buscamos

una…

-Ya sé qué buscan, vengan, por aquí. Ya estamos muy cerca.

Encontraron la planta, era esa, Ódego no tenía dudas. Era pequeña, se la llevó con raíz y tierra en un envase de cuero que le había preparado Bolongüé. Luego Atro los dirigió a una cueva donde acamparon para pasar la noche.

-Cuéntanos más sobre los dragones por favor –Le pidió Rejno.

-Bien, a cambio de noticias sobre el sur. ¿De acuerdo?

-De acuerdo. ¿Qué quieres saber?

-Cómo mataron al dragón, por ejemplo.

-Nuestro amigo –empezó Ódego –lo embaucó y lo hizo pelear contra un demonio. Luego lo mató cuando quedó debilitado por la pelea.

-Ah, muy interesante. Y supongo que en el proceso de engañarlo quedó ligado a él.

-Sí.

-Por eso la planta… Pero van a necesitar algo más.

-Sí, sangre de otro dragón –dijo Droeam.

-Los enanos aún son orgullosos en sus tierras. Además de tener elfos, bellos paisajes, humanos que aman la vida, héroes… Son afortunados.

-En realidad hay muy poco de cada cosa, y está todo en riesgo –Le aclaró Rejno.

-Sí, el norte está decidido a avanzar hacia el sur. Si piensan que conocen la maldad en el sur, están equivocados. No conocen nada. ¿Hasta dónde llegó el dragón?

-Hasta las montañas, luego de destruir nuestro bosque –Ódego bajó la vista al contestar.

-¿Y los elfos de Ardua?

-Destruidos también. Sólo quedaron los muy jóvenes.

-Ya veo… Bueno, mi turno. Si ya no existe el rojo, y el azul y el ámbar no sabemos por dónde andan, sólo les queda el blanco. Habita al este, en una ciudad fortaleza que le quitó a lo que era el reino de Risga, el último de estas tierras en oponerse a los necrófilos. Conozco a algunos sobrevivientes, los puedo poner en contacto si les interesa. No veo otra manera de que consigan sangre del dragón blanco.

-Si es la única chance, iremos hacia allá. Podemos ir directamente al dragón, o hablar primero con esta gente –Rejno lo estaba consultando con sus compañeros.

-Vamos con los de Risga –dijo Waiti y los demás asintieron.

-Bien, descansemos que el viaje es largo y

nada fácil –dijo el viejo Atro, que se dio vuelta y al instante empezó a roncar.

La moral

El inquieto pájaro amarillo y de antifaz, desde una rama seca, vio pasar a los andariegos como esperando que se les cayera algún alimento en su andar.

-Ya estamos cerca, –dijo Atro mientras tiraba miguitas de su pan duro –ya tenemos compañía.

El viaje había sido duro sólo en términos de resistencia, pero no tuvieron que enfrentarse a nada en todo el camino. Ahora supuestamente estaban en territorio aliado. Su paisaje seguía siendo desolador, era un estrecho valle entre dos sierras, pero parecía un cañón. De tanto en tanto había algunos arbustos y sólo eso.

Se acercaron a una loma que parecía montada sobre enormes piedras y se metieron entre ellas buscando fisuras específicas en las que pudieron caminar de a una persona. En un momento ya

necesitaron prender una antorcha para poder continuar.

-No creo que podamos salir solos –dijo Droeam.

-Depende de para dónde quieran salir –contestó Atro.

Caminaron largo rato hasta que el túnel en el que caminaban desembocó en una caverna tan grande como para albergar una ciudad entera. De hecho había una ciudad entera, toda iluminada, en movimiento, llena de ruidos que escuchaban hacía un rato en el túnel, y música y olores… y una patrulla de cinco personas esperándolos.

-¿Qué nos traes hoy Atro? ¿Es un maldito elfo?

Quien hablaba era una mujer alta, fornida, vestida con un uniforme que mezclaba elementos centenarios muy distinguidos con otros cirujeados recientemente, con espada y todo. La otra mujer y los tres hombres vestían igual; pero quien hablaba parecía la autoridad.

-Mi amigo Ódego no es uno de los elfos malditos, –contestó el anciano con paciencia –es un elfo del sur, muy al sur, donde no han sido corrompidos.

-Los elfos se corrompen, todo el mundo lo

sabe.

-Y los humanos también, sin embargo tú estás aquí. ¿O no?

-Soy Rejno, del Gran Lago, ellos son Waiti, Droeam y Ódego. –intervino para hacerse lugar en la charla. –Venimos desde el sur, como dijo Atro, buscando sangre del dragón blanco.

-¿Qué? –Rieron, pero medio nerviosos y se miraron entre ellos.

-Estos muchachos que ves aquí, estimada Daza –dijo el anciano –mataron al dragón rojo allá en el sur.

Dejaron de sonreír y se miraron con seriedad.

-Yo pretendía –continuó –que hablaran con los generales. ¿Será posible?

-Para ti siempre es posible. Por aquí. Les asignaré un lugar para descansar hasta que hable con los generales.

-Bien, acompáñalos, yo debo volver a mi puesto. Ya he estado fuera mucho tiempo.

Los sureños no disimularon su consternación, pero igual se despidieron con mucho agradecimiento hacia su guía en el norte.

-¿Nos volveremos a ver? –le preguntó Rejno.

-Si es necesario. Si necesitan que los enlace con otro mundo. Ya sabes cómo es con la gente

misteriosa. –Rieron, se abrazaron, se despidieron.

Como no podía ser de otra manera, ya en la ciudad subterránea, les dieron lugar en una taberna. La habitación no estaba mal, en el primer piso. La ventana daba a una callejuela iluminada y divertida, con música y baile casi todo el tiempo, como en una permanente fiesta nocturna.

Había una mesa para seis, donde les habían dejado comida y bebida, y suficiente tiempo como para alimentarse y planear algo hasta que les tocara hablar. Un desayuno con debate, casi como en la Taberna del Bosque.

-¿Y ahora, qué hacemos? –inició Rejno.

-Me temo que he quedado medio perplejo con lo de los elfos malditos. Sabía de eso pero no estaba preparado para enfrentarlo, se ve. – Ódego se disculpaba a su manera.

-No creo que tengamos problema, Atro fue muy explícito y se nota que confían en él –dijo Waiti.

-Sí, pero se fue y nos dejó solos. –Apenas se entendía lo que decía Droeam mientras masticaba y bebía como prioridad.

-Pero nos dejó en buena posición. –Dijo Rejno. -Un poco exagerada pero buena posición. El punto es qué hacemos con ella. ¿Para qué vinimos aquí? ¿Para que nos lleven hasta el dragón? Para eso

íbamos directamente con el anciano.

-Según el viejo –Droeam se limpió con la manga –ellos también quieren atacar al dragón, que está ocupando su ciudad y por eso viven en esta pocilga. Y creen que nosotros matamos al rojo por eso nos dan tanta importancia. Diles que vinimos a matar al blanco, que es el momento de atacar. Llevamos el ejército, se arma la batalla, en cuanto el dragón sea herido tomamos un poco de su sangre y nos largamos de aquí. Eso haría Zuldur. –Y siguió comiendo.

-No creo que su pensamiento sea tan lineal… Y de todos modos yo no soy Zuldur. –Rejno miró a todos –Pero necesito consejo.

-Vinimos a buscar sangre de dragón, no a acompañar una revolución. –Dijo Waiti. –Eso puede ser en otro momento, pero no ahora.

-Sin embargo, no tenemos porqué mentir. –Ódego hizo su aporte. -¿Y si los escuchamos a ver qué tienen para decir?

-Y aclaramos que nosotros no matamos al dragón…

-Pero –interrumpió Droeam –salgamos a luchar de una vez. Ya estoy harto de caminar de aquí para allá y hablar de esto y de aquello. ¡Vamos a por el maldito dragón!

Todos rieron y brindaron y comieron.

-Por ahora recuperemos fuerzas, que en breve estaremos en problemas.

Sentenció Rejno, brindaron y coincidió que estalló la música, el baile y los gritos en la callejuela. Coincidió también que se abrió la puerta y entró un hombre sin anunciarse.

-Cierren la ventana por favor, me llamo Xifos, General de Risga.

Tras la puerta se veían soldados. Rejno le hizo una seña a Waiti de asentimiento, y cuando éste llegó a la ventana vio que mucha gente se juntaba bajo ella y lo vitoreaban mientras cerraba.

-No acostumbran golpear…- dijo Rejno.

-No siempre. Mis disculpas.

Xifos portaba un peto de cuero muy viejo, y lo demás ropa de combate ordinaria, sin insignias ni detalles. Cerró la puerta y se sentó a la mesa.

-Por favor –les indicó las sillas. Se sentaron. –Les ahorraré el relato y las discusiones. Tenemos un mago y un ejército y vamos a recuperar Risga. Ya hicimos correr la voz de que los Cazadores de Dragones del Sur ya llegaron y es el momento. Nos sirve para levantar la moral, no me importa si mataron o no al dragón rojo, sólo desfilen saludando. No voy a necesitar sus servicios, ni los del mago. Lo mataremos con el arte de la guerra, sin más. O sea, vengan con

nosotros, saluden, no hablen con nadie, cuando lleguemos allá y consigan lo que vinieron a buscar, se largan sin despedirse. Daza me dijo que necesitan sangre del dragón; bueno, ganemos o no, les garantizo que ahí va a haber sangre de todas las criaturas. Mis términos son innegociables. ¿Aceptan?

Rejno asintió con la cabeza.

-Fue un gusto hablar con ustedes. –Hizo una reverencia con la cabeza y se retiró.

-Parece que tienen a su propio Zuldur aquí –se burló Droeam –uno que no necesita de consenso.

El dragón blanco

"En breve estaremos en problemas", y ya lo estaban.

Estaban en las ruinas de una enorme ciudad mayormente de piedra y madera, en la ladera de una sierra. El dragón blanco intentaba sacar a Droeam de una gran grieta en la calle adoquinada, como una gallina intenta sacar un gusano de la tierra. Había cientos de cadáveres por todos lados y los amigos del enano miraban la escena desde lejos, asomados desde el interior de un aljibe.

-¿Qué ves Ódego?

-¡Droeam está vivo! Por alguna razón a él no lo fulminó con sus rayos. Lo quiere sacar de su hoyo, vayan hacia abajo, voy a salir para dispararle y atraerlo hacia aquí, para darle una oportunidad de huir.

De un salto quedó en el borde del aljibe

disparando con su arco. Aunque sus flechas fueron muy precisas aún en la distancia, el dragón lo ignoró totalmente y siguió con su propósito. El elfo vio que cavó con sus garras hasta llegar al enano, lo agarró con sus dientes de alguna parte del cuerpo, lo arrojó al aire, lo atrapó con la boca y se lo llevó volando a algún otro lugar de la ciudad, subiendo la sierra.

-¡Se lo comió! –dijo Waiti, que junto a Rejno había salido del aljibe en lugar de irse hacia abajo.

-No. –Dijo Ódego –Se lo llevó, pero no se lo comió. Se lo llevó vivo.

-Entonces hay que ir a rescatarlo –reclamó el tulií.

-Primero vamos, rápido, a ver el lugar de la batalla. A ver si hay sangre de dragón. –Le contestó Rejno y salió corriendo hacia el lugar. Sus amigos lo siguieron.

Cuando llegaron vieron que había otros soldados que se habían acercado a ver, entre ellos Xifos.

-General, esto es un fracaso total, está sacrificando a toda su gente. ¿Por qué continúa? –Rejno intentó hacer entrar en razón al general. Por fin éste lo miró, con su rostro imperturbable.

-Si no ganamos hoy, absolutamente todo mi pueblo morirá. Sí, nos estamos sacrificando. Miles en

la entrada, miles en la sierra, cientos acá, ahí está el cuerpo de Daza, y faltamos otros; pero ya casi hemos terminado de montar la trampa en esos túneles. Es nuestra única posibilidad. Acá debe haber sangre de la bestia, júntenla y váyanse, ésta es nuestra pelea.

-Sí, acá encontré, sólo un par de gotas; pero ya la tengo –dijo Ódego acercándose.

-Resuelto entonces, yo seguiré con lo mío –dijo Xifos y se fue.

-Pero no nos podemos ir sin Droeam –pidió Waiti agarrando a Rejno del hombro.

-Claro. Ve tú Ódego, tienes todo e irás mucho más rápido y seguro sin nosotros. Waiti, Droeam y yo te alcanzaremos en el Gran Lago pronto.

-¿Estás seguro? Puedo ser útil acá.

-Lo sé, pero estoy seguro. Vete ya amigo. Diles a todos que pronto regresaremos.

Así sin más, Ódego partió entonces hacia el sur y los otros hacia Droeam, con la esperanza de que siguiera con vida.

Y seguía. El dragón, que lo había sacado de un hoyo, lo escupió en otro, en alguna parte del ruinoso castillo. Éste era un hoyo celda y estaba solo, con los pelos erizados, una pierna dolorida y todo cubierto de una tibia capa de saliva de dragón.

-Espérame aquí, deseo hablar contigo sobre

esa armadura que llevas –le dijo el dragón con una voz fuerte, hermosa y tenebrosa. Y volvió volando a sus faenas.

La táctica de Xifos había sido: Un ejército en la puerta, otro en el muro roto del oeste, y grupos que entraron por alcantarillas y manantiales. De estos últimos grupos, algunos armados y otros cargando materiales, como para armar algo.

El ejército del muro no llegó al muro, lo destruyó en la sierra que subían para llegar a él. La batalla en la puerta duró un poco más, porque traían algunas armas de cazadragones interesantes, pero no fueron suficientes.

De los grupos que entraron, algunos fueron hacia los túneles a preparar "la trampa" y otros montaron batallas dentro de la ciudad, que no le significaron mucho esfuerzo o riesgo al anfitrión, aunque sí recibió algunas heridas. En uno de esos grupos estaba Droeam, simplemente porque insistió en ir al choque. En otro, con el mago, estaban los demás. Ahora que el dragón se había retirado un momento, el mago empezó a preparar, en ese mismo campo de batalla, los sortilegios para enfrentarlo. Quedaban también, por ahí, algunos grupos que habían armado escorpiones y cada tanto la bestia se detenía a descargarles sus rayos.

Del mago, Xifos esperaba que le lanzara algo y luego se metiera en el túnel para que el dragón lo siguiera. No más que eso.

El túnel, que era amplio y bastante largo, atravesaba de lado a lado un cordón delgado y abrupto que se incrustaba en la ciudad, y no estaba muy lejos de donde estaba el mago.

Waiti y Rejno siguieron la dirección del vuelo del dragón y lo vieron salir de la montaña, allá en lo alto, desde lo que parecía un castillo tallado en la misma montaña. Salió, voló, y se lanzó en picada a lo que seguramente sería otro grupo de Risga destruido por sus rayos. Era una hermosura de criatura. Toda blanca, con el cuerpo cubierto de algo que no eran escamas, sino una especie de pelo o plumas, o estalactitas. En lugar de cuernos tenía extensiones flexibles, como pelos muy gruesos, blancos también. Alas muy grandes en comparación con el cuerpo y cola larga y delgada con esas plumas o pelos más largos en la punta. Iba descargando rayos como la peor tormenta eléctrica que se pudiera ver.

Fueron escabulléndose por las callecitas, escondiéndose, corriendo, esperando, atentos a la amenaza permanente del amo de esta ciudad. Al rato llegaron al castillo tallado en la montaña y Rejno organizó el rescate.

-Me quedo en la puerta a ver si vuelve, tú entra y búscalo.

-Bien.

El tulií entró corriendo y anduvo buscando y gritando, hasta que Droeam reaccionó, volvió en sí y también empezó a gritarle para guiarlo hasta él. Fue un largo rato, pero el dragón no volvió a su guarida en todo ese tiempo. Estuvo bien ocupado con los risganeanos. Les alcanzó para sacarlo y volver.

Estuvieron de vuelta justo a tiempo para ver la batalla entre el mago y el dragón. El hechicero había preparado cuatro esferas de energía a su alrededor, de diferentes colores. Cuando el dragón estaba cerca, hizo un gesto con las manos, como arrojándole algo, y la esfera roja voló a toda velocidad hacia su enemigo, lo persiguió y lo golpeó en una explosión de fuego.

Pero no lo derribó, sólo lo enfureció y se le largó en picada. Ante ese movimiento, con otro gesto de manos del mago, la esfera celeste se convirtió en un escudo en forma de cúpula que lo cubrió, justo a tiempo para protegerlo de una descarga eléctrica. Y enseguida otra, y la tercera que destruyó la cúpula; y la cuarta que lo fulminó. No quedó nada del mago, y nunca supieron para qué eran las otras esferas, la verde y la amarilla.

-¿Y ahora? ¿Quién lo llevará hacia el túnel?

–preguntó Waiti.

-Yo –dijo Droeam que no había hablado nada desde que gritó en su celda, y salió corriendo hacia el túnel frente a la estupefacción de sus rescatadores, que lo acompañaron en cuanto se miraron entre sí.

-¿Qué estás haciendo? –le preguntó Waiti cuando lo alcanzó.

-Está interesado en mi armadura. ¡Si la quiere, que la busque!

Aún rengo, el enano corría a gran velocidad, era difícil alcanzarlo y luego seguirlo; Rejno no pudo hacerlo entonces corrió hacia otro lado cuando el monstruo se les venía encima. No tenía sentido correrlos desde atrás.

Waiti y Droeam consiguieron meterse y el dragón se detuvo en la entrada del túnel, percibiendo quizás que había una trampa. Miró un momento. Rejno lo vio girar ansioso como queriendo entrar, y también lo vio descargar un rayo hacia adentro. Y otro. Y otro más. Entonces sí entró y se desató una verdadera tormenta bajo la montaña. Gritos de la bestia, truenos, luces, temblores, desmoronamientos, más gritos. Y el silencio.

Pasó un rato y no pasaba nada, la entrada se había derrumbado y no se escuchaba nada. Rejno salió de su escondite y se acercó, varios lo hicieron,

empezaba a venir gente desde otros escondrijos de la ciudad.

-¿Qué hacemos? –preguntó alguien.

-Empecemos a quitar los escombros, –dijo Rejno y lo siguieron –pero ustedes vayan a buscar más gente, y organicen también para buscar y atender heridos.

Los pueblos libres

En un gran salón, de paredes muy elevadas y generosas ventanas por donde entraba mucha luz, habían alineado una centena de camas con los heridos menos graves de la batalla. Entre esas camas estaban Waiti y Droeam. Estaban inconscientes cuando salieron, bastante maltrechos y sucios.

Rejno, sin embargo, continuó ayudando en el rescate del desmoronamiento y luego con los heridos en general. En uno de los descansos fue a visitarlos pero aún no habían vuelto en sí, aunque estaban bien, decía el curador. Entonces fue a comer y se encontró con Xifos, que lo invitó a su mesa, junto a una guerrera y un hombre que parecía un noble, por la ropa y los modales.

-Ven, por favor. Almuerza con nosotros. Rejno, cazador de dragones del sur. Oria y Tardo, defensores de Risga.

-Estamos muy agradecidos por su colaboración, –dijo Tardo –pero no entendemos por qué el dragón siguió a su amigo enano. Sin esa acción, todo hubiera fracasado. Hubiera sido una tragedia.

-"¿Hubiera sido?" –Preguntó Rejno mientras se sentaba.

-Sí. "Hubiera sido". –Contestó Xifos – En cambio fue una revolución exitosa. Recuperamos nuestro hogar después de más de doscientos años, y si no lo hacíamos era el fin de nuestra gente. Era nuestra última oportunidad y lo logramos. Sí, sacrificamos muchas vidas, pero todas esas vidas sabían a lo que nos enfrentábamos y cómo nos enfrentábamos. Las revoluciones son así, por lo general cuestan muchas vidas. ¿Cómo enfrentan ustedes a sus enemigos?

-Lo siento, no era mi intención ofenderlos. Supongo que todavía estoy impresionado por la matanza. –Empezó a comer sin contestarle a Tardo.

-¿Y? – insistió éste.

- A Droeam el dragón lo había capturado con vida por algún interés en su armadura. Luego de que lo rescatamos y vimos que su mago había sido eliminado sin llegar al túnel, a Droeam se le ocurrió que lo seguiría a él. Entonces corrió hacia el lugar y yo no lo pude alcanzar. No entiendo cómo sobrevivieron

a las descargas que lanzó antes de entrar a la trampa.

-Habíamos preparado, –explicó Xifos –con nuestros pensadores, una serie de elementos que de alguna forma atraían los rayos y los direccionaban a lugares donde no nos hicieran daño. Es una tecnología que no queríamos mostrarle antes a la bestia, para que cayera en la trampa. Necesitábamos matarla, no sólo vencerla. Por suerte funcionó. Cuando tus amigos entraron, rápidamente los condujimos por pasillos protegidos. Había riesgos, pero también chances de que sobreviviéramos quienes estábamos en la trampa. Igual muchos murieron, tus amigos y yo tuvimos suerte. ¿Qué tiene la armadura?

-Yo no sé. Droeam dice que es mágica, pero yo no sé. Lo único que vi es que toda flecha que viene hacia nosotros va a parar a esa armadura, pero nada más.

-Con la muerte de Rega, el mago, y del dragón, en este reino se acabó la magia. –Dijo Oria. -Ahora renace por fin el reinado de los humanos.

-¿Expulsaron a los necrófilos?

-¿Necrófilos? Ja. Esa es una expresión de Atro. –Xifos cambió su expresión festiva a una compasiva –Me temo que no amigo, no los expulsamos, están migrando solos, hacia mejores tierras… las tuyas. Y

sólo llevan sufrimiento y muerte, por eso Atro los llama necrófilos. ¿No están cerca ya de tu hogar?

-No, o sí. Ahora que pienso. Se están preparando para cruzar las montañas con su ejército. Mi rey piensa dejarlos pasar por nuestras tierras para invadir un reino vecino. Hasta les está haciendo un camino en la montaña.

-¿Pasar por sus tierras? ¡Es una locura! ¡No dejarán nada! Matarán o esclavizarán a todos, saquearán sus ciudades, enfermarán sus tierras…

-Ya entendí –Interrumpió Rejno –no es necesario que continúes, ya entendí. Hablaré con los míos, lo impediremos.

-Recién empezamos de nuevo, -dijo Tardo –y estamos muy lejos; pero recuerden que tienen un pueblo aliado aquí, un pueblo libre de los necrófilos.

-Ustedes también tienen un aliado libre en el sur, el Condado del Gran Lago. Arreglaremos los asuntos con el rey para no dejarlos entrar.

-Ojalá les vaya bien. –Dijo Xifos. –Entiendo que el elfo ya se fue con lo que buscaban; pero será mejor que se marchen en cuanto tus amigos estén en condiciones, y alertar a tu gente lo que les espera.

-Se recuperarán rápido, los conozco.

Terco como enano

Ese mismo día Droeam volvió en sí y al siguiente ya estaba levantado. Más a la tarde se recuperó Waiti. Caminaron un poco por la recientemente recuperada ciudad; pero no mucho porque lo importante era sanar y partir, lo que lamentaron un poco porque a pesar de los daños la ciudad era grande y hermosa, más que lo que habían apreciado de la capital de Jato con su Torre Roja y todo. Aquí tenían su Torre en la Montaña, que era su equivalente, y que Droeam recordaría como su celda. Fueron pocos días, pero intensos en trabajo y en emociones. Por las noches se veían resplandecer incontables piras funerarias a lo lejos, rodeando en círculo la ciudad. Durante el día no se paraba de trabajar, y no paraba de llegar gente. A pesar de los duelos, las necesidades y el cansancio, se vivía un ánimo creciente que estalló por fin en una noche de

fiesta, música, baile, bebidas, canciones, risas, llantos, peleas, amores… Festejaron como sabe festejar un pueblo cuando se libera de la opresión y cuando sabe que a partir de ahí todo es posible.

Droeam, Waiti y Rejno fueron retratados y descriptos, para quedar en los libros de Risga. Respetaron la condición de enano de Droeam, pero silenciaron la participación de Ódego. Estaban contentos con que iban a quedar en la historia de este reino, y por las promesas de reconocimiento y hospitalidad para el futuro; pero el día siguiente a la fiesta partieron sin más. Sólo se llevaron alimento para el viaje, un poco más de sangre del dragón por las dudas y uno de sus dientes como botín, y ni una moneda del tesoro recuperado. Eso molestó a Droeam, pero Waiti lo convenció de que esta gente iba a necesitar hasta el último cobre para reconstruirse. Hasta los caballos que se llevaron, aunque Rejno no tuvo piedad en el regateo, los pagaron. Waiti y Rejno compraron también pequeños recuerdos para quienes los esperaban en su pueblo, Droeam en cambio, rentó un día la herrería para poder trabajar sobre su coraza.

No tuvieron problemas en el camino, llegaron al puerto clandestino y vendieron los caballos porque no consiguieron cómo transportarlos. Sí consiguieron

para ellos aunque esperaron unos días el barco que les haría cruzar el estrecho. Sólo Rejno intentó en esos días hablar con los porteños, para conocer algo de esta gente, de donde pudo interpretar que se vivía con miedo, odio, resentimiento, desesperanza… Y que todo se estaba moviendo ahora hacia el sur, donde podrían instalar sus expectativas.

Este barco era más ilegal que en el que habían venido, por lo que los usos eran más relajados. Aquí Droeam podía acompañar a sus "amos" en la borda.

-¿Traes puesta tu coraza? –le preguntó Waiti.

-Claro, como siempre, bajo estas capas.

-¿Aún en este pedazo podrido de madera? Si nos hundimos te vas al fondo. Deberías quitártela.

-No pienso. Me mantuvo con vida hasta acá, y lo seguirá haciendo. Ustedes que andan por estas tierras sin protección, están locos.

-No creo que tengamos problemas. ¿Quién se metería con Rejno? Entre el tamaño y tremenda hacha en la espalda… -Rejno los miró.

-Que he cargado tanto tiempo en vano; no la usé ni una sola vez.

-¡Por suerte! En cambio yo sí usé mi coraza, no lo pueden ver porque ya la arreglé; pero el dragón le había dejado huecos atrás y adelante con sus dientes.

-Un lindo recuerdo. ¿No? –Dijo Waiti –Vamos

acumulando lindos recuerdos. –Recordó al demonio y se le erizó la piel.

-La cosa es que cada vez me siento más unido a mi coraza, sobre todo si vamos a seguir con este estilo de vida. –Rieron los tres.

-¿Habrá llegado ya Ódego? ¿Habrán revivido a Zuldur? ¿Cómo estarán en el Condado? Giulio sabe cómo llevar adelante el gobierno. ¿Pero estarán bien? –Rejno se puso serio de repente.

-No te preocupes, amigo. Pronto estaremos nadando en el Gran Lago y todo estará bien. –Waiti pensaba en los Tuliís, en especial en una.

-Mejor tú ve a nadar con Apaí, yo no me moveré de la taberna –volvieron a reir.

-Yo espero poder pasar muchos días sin ver el sol, metido en nuestra mina bebiendo y comiendo con mi hermano y mis primos. ¡No me van a creer que estuve en la boca de un dragón! Deberán ir a dar testimonio ustedes.

-¿Dragón? ¿Qué dragón? Yo no vi ningún dragón… -Dijo Waiti y volvieron a reír entre tanta nostalgia.

Hasta que un súbito griterío los interrumpió y los sacó del trance. La tripulación gritaba y corría, los latigazos a los esclavos de los remos aumentaron, algunos trajeron armas, otros señalaban hacia babor.

Tres embarcaciones se acercaban a toda velocidad.

-¡No estamos lejos de la costa! ¡A toda velocidad! ¡Apuren o nos hunden! –Gritó con voz grave el barbudo capitán. -¡Arqueros! ¡Aquí!

Encendieron fuego en unos calderos y prepararon las flechas de fuego, por si no podían escapar, y no pudieron. Pero las flechas tampoco sirvieron de mucho, por cada flecha recibían diez de sus enemigos, y algunas bolas incendiarias lanzadas por pequeñas catapultas.

-¡Estamos perdidos! –Dijo Rejno bajo los escudos. –Sácate la coraza que vamos a tener que nadar.

-No voy a perder mi coraza en esta tontería.

-No es momento de ponerse necio, Droeam. –Le rogó Waiti mientras recibía una flecha en el escudo. –No nos iremos sin ti.

-¡No me voy a sacar la coraza y es mi última palabra! –Y apagó las llamas de su capa cuando una flecha se clavó en su armadura.

-Entonces estamos muertos –dijo Rejno.

-¡Entonces que así sea! –Y Droeam le arrojó su hacha a sus enemigos pero no los alcanzó.

El barco se incendiaba casi completo y Rejno vio que los que sobrevivían arrojaron objetos que flotaban y se largaban al agua, entonces hizo lo

mismo; alzó un pedazo de poste, lo arrojó y les hizo señas a sus amigos para que se tiraran. Antes de tirarse intentaron sacarle la coraza a Droeam pero éste reaccionó con golpes. Se tiraron igual.

Droeam se hundió en cuanto entró al agua y lo quisieron agarrar. Waiti intentó desprenderle los enganches de la armadura ya bajo el agua, pero recibió otro golpe que casi lo noquea y lo alejó.

Lo vieron hundirse abrazado a su amada coraza. Así se lo tragaron la oscuridad y la profundidad, y esta vez no había rescate posible.

Waiti y Rejno salieron a la superficie casi al mismo tiempo, en el límite de su aguante. Nadaron hasta el pedazo de poste que flotaba y se alejaron por donde consideraron que correrían menos peligro. Por suerte nadie los persiguió para cazarlos, por lo que siguieron nadando hacia el sur, con la esperanza de que fuera verdad que no estaban lejos de la costa.

Resurrección

-Zuldur. ¿Me escuchas?

-Sí Célene. Te escucho.

-¿Me ves?

Se giró hacia ella.

-Sí, hace días que te escucho y te veo. A ti y a todos los que han venido a verme.

-¿Cómo te sientes?

-Muy agradecido.

-¿Eso significa que bien?

-Puedes ver mi mente. ¿Tú que dices?

-No veo tu mente sin tu autorización.

-Por eso digo. Puedes ver mi mente.

Estaba acostado en una cama grande, de roble brillante, con sábanas y colchas verdes, en una habitación muy iluminada por una gran ventana con arco. Las paredes ocres con plantas y flores colgadas y algunas guardas con nudos de diferente trazado,

tamaño y formas, en diferentes tonalidades de verde. Pero Célene en su túnica azul opacaba toda la belleza del lugar.

-Es un poco confusa, pero parece que está todo bien. ¿Quién es Eténdradu?

-Él.

-Ah, era el dragón. No estaba claro.

-Ya es suficiente con mi mente. ¿Por qué no han venido a verme Rejno, Waiti y Droeam?

-Ellos fueron, con Ódego, quienes consiguieron los elementos para traerte de vuelta. Ódego se adelantó para traerlos, Waiti y Rejno se quedaron a rescatar a Droeam que había quedado prisionero en aquellas tierras.

-¿Qué tierras?

-Muy al norte, en la cuna de dragones.

-Lo conseguirán, son los mejores.

-Tuvieron un buen maestro.

-Me refería en cuanto a amor y lealtad, y a pesar del maestro. Voy a intentar levantarme.

-Adelante.

Se levantó con mucha dificultad, estaba vestido con una túnica élfica blanca, muy cómoda. Se acercó a la ventana y se apoyó en el marco para sostenerse.

-Estamos en el bosque…

-Sí.

-Pero está lleno de elfos ahora. Y hay un árbol muy particular ahí.

-Nos instalamos aquí, los y las de Ardua y los y las de Ub Lide.

-¿Cómo aceptaron tus padres?

-Ellos ya no están.

-Lo siento…

-Ya hablaremos de todo lo que ha pasado.

-¿Eres la Reina?

-Sí.

-Felicitaciones entonces.

-Zuldur.

-¿Sí?

-Vamos a tener un hijo.

-Eso es muy bueno.

Se abrazaron y fue el abrazo de bienvenida, afectuoso y cálido, triste pero con esperanza.

-Ven, acuéstate. Descansa hoy y mañana, voy a convocar al Consejo y en un par de días vuelves al trabajo. Te necesitamos.

-Ayúdame hasta la cama. Gracias. Necesito dormir ahora, mañana me cuentas cómo van las cosas. También quiero hablar con Giulio antes del Consejo. ¿Es posible?

-Lo haré llamar para mañana. Estará muy

contento de hablar contigo. Bebe esto antes de dormir.

-Gracias de nuevo. –Bebió. –Es rico.

Célene cerró la ventana y se retiró.

Entre penas y alegrías

Era una noche tranquila en la Taberna del Bosque, de clima agradable tirando a reflexivo y nostálgico, ambientado con la flauta de un músico vagabundo que venía a conocer el Gran Lago, tierra de seres extraños e historias más extrañas todavía, aunque hasta el momento no había conseguido que nadie le hablara de dragones, magia o elfos.

Había muchos comensales, pero la jornada había estado cargada de trabajo y la mayoría se concentraba más en la comida y la bebida que en la charla. Entonces fue más estruendoso el golpe de la bandeja con jarros, plato y comida contra el suelo. Cuando miraron vieron a Tania con las cosas a sus pies y su rostro petrificado con los ojos clavados hacia la puerta, donde estaban parados dos viajeros que se veían bastante maltratados, uno enorme y otro calvo. Tania corrió hacia ellos y varios se pararon asustados,

hasta que reconocieron al hijo de la cantinera y vieron los abrazos y los llantos de la mujer, con uno y otro de los viajeros.

-Estamos bien mamá, cálmate. –le pidió Rejno abrazándola fuerte. –Ya estamos en casa.

-¡Nunca me acostumbraré a esto! –Fue todo lo que pudo decir entre llantos, y abrazó a Waiti.

-Nosotros tampoco, Tania. –Le dijo éste.

Casi todos se acercaron a saludar al apreciado guerrero, se armó una gran ronda y la tensión se deshizo en risas y aplausos. El bardo que había estado tocando la flauta le preguntó a alguien qué estaba pasando.

-Volvió Rejno, nuestro jefazo, nuestro mejor guerrero.

-¿De dónde?

-Si alguien sabe, no te lo dirá. Es más, nadie te dirá nada si no hablas antes con Giulio. –Y se alejó a empujar por un turno de abrazar a los recién llegados.

-¡Supongo que la casa invita Tania! –Gritó alguien.

-¡De ninguna manera! ¡Y apuren en pedir porque esta noche se acaba todo tan rápido como se me acaban las emociones! ¡Y estoy pensando en cobrar más caro!

Todos rieron y aparecieron un par de guitarras

y se armó el baile. Aunque los viajeros amenazaban a cada rato con que se iban a descansar, no pudieron; la voz se había corrido rápido y la taberna desbordó esa noche, de gente y de fiesta, aunque el día siguiente iba a ser igual de duro para todos.

-¿Leam no viene por acá? –Le preguntó Rejno a Tania, que no se había animado a preguntar por Droeam y ahora comprendía que no hacía falta.

-Los enanos han crecido mucho, ya tienen "La Taberna de la Mina"; viene sólo de vez en cuando.

-¿Sabes algo de Zuldur? –Le preguntó Waiti.

-Me dijeron que despertó, y que pronto habrá Consejo.

-Llegamos justo entonces, mejor vamos a descansar un poco ahora sí, que mañana tenemos varias visitas que hacer. –Dijo Rejno. -¿Podrás hacernos preparar nuestros caballos para dentro de un rato?

-Claro querido. –Volvió a abrazarlo, y a Waiti. –Pero luego se quedarán un tiempo en casa. ¿Sí?

-Te lo prometo.

-Yánece está de viaje con la caravana, y también te espera. –Le dijo al oído en el último beso, Y Rejno le agradeció con una sonrisa.

No tuvieron tiempo para tomar un baño, sólo se fueron a dormir un rato.

-¿Quieres ir a ver a alguien Waiti?

-Descansemos un poco, después de hablar con Leam y Zuldur me voy un tiempo a mi aldea.

Descansaron y a la mañana desayunaron y partieron. Cuando Leam los vio entrar, comprendió por los rostros que Droeam había caído. Primero los abrazó y luego preguntó.

-¿Murió luchando?

-Luchando venció. Ya te contaremos cómo. Murió en el mar, cuando hundieron nuestro barco. –Le contestó Rejno con solemnidad.

-Ah. Debe ser difícil nadar con coraza… - Miró el suelo, comprendió lo que debió haber sucedido, sin que le dijeran nada.

-Vamos a comer, y nos cuentan a todos cómo venció luchando.

En una taberna repleta de enanos, contaron entre los dos todo el viaje, sin omitir ni cambiar mucho, sólo que necesitaban los ingredientes para curar a Zuldur de las “heridas” del dragón. Pero los enanos, como los elfos y los tuliís, estaban al tanto de más o menos todo lo sucedido.

Todos gritaron, brindaron y cantaron cuando relataron la batalla con el dragón blanco y más todavía cuando Waiti y Rejno le entregaron a Leam su diente, del tamaño de una espada.

Por fin partieron, con la excusa de que su viaje aún no había terminado. Entre aplausos y vítores se alejaron de la mina hacia la fortaleza de Zuldur, con la satisfacción de haber podido transformar una dolorosa noticia en un vínculo más fuerte con el pueblo de los enanos.

Del otro lado de la cabalgata se encontraron con que la fortaleza había seguido creciendo y embelleciéndose; pero Zuldur no estaba ahí, ni Giulio. Encontraron a los aldeanos trabajando y a los guerreros entrenando, y todos detuvieron sus actividades para recibirlos, como viejos compañeros, medio jefes, medio generales. Sin embargo un elfo disimulado como jardinero los estaba esperando, y en cuanto pudieron partir los acompañó a donde estaban todos, en el asentamiento élfico del bosque.

Aquí también se sorprendieron, el asentamiento ya era una hermosa aldea. En muy poco tiempo habían sabido crear el ambiente al nivel de sus habitantes; era imposible saber si se habían instalado hacía poco o si habían estado ahí por siempre. Los recibieron Célene y Bolongüé, con mucha alegría y afecto, aunque sólo lo notaban en una pequeña sonrisa en sus rostros y en una agradable sensación de paz en sus abrazos. Sin preguntar nada ni hablar mucho, los condujeron a la habitación de Zuldur y los

dejaron entrar solos.

-Siempre justo a tiempo Waiti, el guerrero bien sincronizado. –Dijo mientras se levantaba de su cama para recibirlos. –Rejno, querido amigo. –Lo abrazó, y luego a Waiti.- No puedo explicar el agradecimiento que siento hacia ustedes. Pero lamento todo lo que han tenido que pasar…

-¿Estás loco? –Respondió el Tulií. –Lo haríamos todas las veces que hiciera falta. No hay nada que lamentar, sólo lo de Droeam.

-No sé si lo haríamos tantas veces, no te entusiasmes… ¡Bienvenido! –Dijo Rejno y le dio su tremendo abrazo de oso.

-Me parece que me resucitaron más pequeño…- Rieron. –Cuéntenme de Droeam, cuéntenme todo. Vengan, caminemos, me hace bien caminar.

Caminaron por la aldea, caminaron por el bosque. Contaron todo el viaje sin omitir nada. Preguntaron también, tratando de interpretar lo que pasaba en el norte y lo que pasaría en el sur. Caminaron y hablaron toda la tarde sin que nadie les interrumpiera, hasta que los llamaron para la cena.

Al día siguiente repitieron la historia para Giulio, Célene, Bolongüé y Geora, que acababa de llegar. Célene vio con claridad la confirmación de sus

visiones. Hablaron de política y guerra, de comercio y administración, conocieron el nuevo hogar de los elfos, se pusieron al día con los progresos y las dificultades. A la tarde llegó Apaí para asistir esa noche al Consejo y ni se preocupó por disimular la emoción de encontrarse con Waiti, que sí lo intentó, pero la desproporcionada sonrisa lo delataba sin piedad. Sostuvieron lo que pudieron la conversación con todo el grupo, pero en breve ya se habían ido solos a caminar por el bosque, a confesarse, a encontrarse. Cuando llegó Leam ya no estaban, y no aparecieron hasta que empezó el Consejo.

El Consejo del reencuentro

Y la noche del Consejo del Bosque volvieron a contar toda la historia. Esta vez no había anciana, ya no volvieron a verla ni a saber de ella; aunque en ocasiones la recordaban, Zuldur nunca supo o quiso decir algo de ella. No había nadie de más, sólo de menos. Giulio fue el encargado de decir unas palabras por el compañero caído. Sobre el resucitado no se habló mucho, allí estaba, como uno más, bastante callado para lo que acostumbraba. Quien claramente dirigía el Consejo era Célene.

-Pienso que es claro, por lo que relatan nuestros amigos, que el mal que he estado esperando es éste que viene tras ellos. Han consumido sus tierras entonces vienen por las nuestras. Usaron a los dragones como aliados para deshacerse de los pueblos que pudieran oponérseles, y todos los recursos a su alcance, por más aberrantes que fueran,

para abrirse camino y conquistar. La mentira es parte de esos recursos, y no sabemos si el rey de Jato es engañado o es cómplice, pero algo debemos hacer para evitar que pasen por acá. Que pasen por cualquier lado.

-Yo creo, Célene, -dijo Giulio –que no tenemos posibilidades contra ese avance. En estos meses el rey se ha puesto más exigente con lo del camino, tienen en claro que no nos puede llevar más de dos años, y si ven que no va avanzando, nos invadirá y pondrá a otro conde. Y eso es el fin. Tampoco tenemos fuerzas ni aliados para enfrentarnos, ni al rey ni a los del norte. No sé si no nos conviene hacer algún buen acuerdo para que pasen lo más rápido posible y con el menor daño… No sé, no veo mucha salida a esto.

-Es cierto lo que dice Giulio. –Era extraño que Geora compartiera las ideas de Giulio. – A no ser por lo de los aliados. En la corte no todos están de acuerdo con dejar pasar a los norteños por el reino, en especial los condes de donde pasaría el ejército. Por otro lado, no todos están convencidos de la guerra con el sur, muchos preferirían la paz con el sur y que nadie pase por Jato. El rey Nuntio, allá en el sur, es un rey fuerte, ha resistido el asedio por mar de los del norte por décadas, y ha mantenido a raya las ambiciones de conquista de nuestros condes y el rey mismo. Él

también podría ser un aliado llegado el momento. El problema es nuestro rey… Y no veo que nuestro conde esté en condiciones de operar políticamente en la corte para hacerlo cambiar de opinión.

-Eso es bastante descortés –atinó a decir el conde con una sonrisa.

-Puede ser que no hayamos sido lo suficientemente claros con Waiti, dejarlos pasar no es una opción amigos, créanme, remarcando el "no". Una vez que pisen nuestro suelo, todo se acabó. No lo voy a permitir. –Rejno se había parado para hablar.

-Los enanos tampoco. No permitiremos entrar a esos esclavistas.

-¿Y cómo los piensan detener señores? –Giulio estaba realmente preocupado.

-Nosotros no queremos perder nuestro bosque, menos ahora que estamos creciendo tanto. Pelearemos hasta el final, le encontraremos la solución. –Dijo Waiti.

-¡Perfecto! –ironizó Giulio – Ahora estamos salvados. Una tribu de cazadores y recolectores, unos refugiados elfos, casi todos niños, y un puñado de enanos que recién escapan de la esclavitud, alentarán a una pequeña reciente aldea a rebelarse contra su rey y sus otros condes, para enfrentarse después a los necrófilos de Rejno que vienen devorándose mundos

desde hace cientos de años. Me parece una buena idea.

-¡Oye amigo! –Se levantó el enano.

-¡Espera! – Lo detuvo Rejno agarrándolo – honraremos este Consejo no peleando aquí; pero les pido que midan sus palabras, y que cuiden su desesperanza también. Giulio, si no estás en condiciones de continuar nadie te retiene aquí. –Giulio no respondió. Hicieron silencio para pensar.

-Debemos pensar en algo. Por nuestra parte ya no tenemos a dónde ir. Si este bosque cae, ya es el fin de nuestro pueblo.- Díjo Célene y Bolongüé y Ódego asintieron. –Estamos bien asentados, y todo, salvo esta invasión, indica que podemos crecer aquí como estamos acostumbrados a hacerlo. Eso también le queríamos contar al Consejo. Y estamos en condiciones de ayudar a los tuliís, a los enanos y a los aldeanos si nos necesitan para algo.

-Yo también quería contar –dijo Leam –que nosotros también estamos creciendo y nos vamos organizando más. Ya Giulio tiene lo que vamos aportando de las minas y de la herrería. Y no es poco. También estamos entrenando para recuperar nuestro lugar en los combates, como solíamos hacerlo en la antigüedad.

-Nosotros ya no estamos aportando mucho,

más bien estamos recibiendo; pero estamos a disposición, y nuestros guerreros son cada vez más hábiles –Dijo Waiti. –y algo más. Mi pueblo quisiera recibir una visita de Zuldur. No es que no me crean que está vivo, pero quisieran recibirlo y ofrecerle una celebración.

-A varios lugares debe ir a dar la cara, -bromeó Rejno – pero ya no habla mucho… -Todos rieron.

-¿Y Giulio? ¿Qué reporte hay? –Preguntó Zuldur.

-El crecimiento del condado es increíble, cada vez es más difícil ocultarlo a la corte. Es una maravilla, nunca vi algo así, ni en los libros. Estamos muy bien, es una tragedia perderlo todo… es una tragedia perdernos…

-Escribe una tragedia entonces, y no tanta épica –Contestó Rejno y todos rieron, hasta los elfos.

-¿Y tu desesperanza? ¿Cómo anda? – Insistió Zuldur.

-La puedo manejar, sólo dame tiempo…

-Eso es lo importante, estamos muy jugados amigos. En este punto, en cualquier proyecto, una desesperanza o una traición, por pequeña que sea, nos mata irremediablemente.

-¿Y entonces qué haremos? –Preguntó Waiti.

-¡Sostener la esperanza! Y acumular todos los

recursos que podamos para cuando llegue el momento. Recursos materiales, mágicos, políticos, intelectuales… Todo lo que podamos. ¿Tenemos dos años, no?

-Comparto tu esperanza Zuldur; pero dos años es muy poco tiempo –Dijo Célene.

-Será para una elfa, para nosotros es un montón –dijo Rejno y se pudieron relajar un poco en la ironía. -¿Qué hacemos esos dos años?

-Ya lo dije. Crecer. Propongo que Waiti, Apaí, tú y alguien más que tú elijas, partan ya mismo a la Torre Blanca. ¿La recuerdan? Pueden pasar dos años ahí estudiando a los humanos, su conocimiento y su política. Tengo unos contactos que los recibirán y guiarán en ese estudio. El resto puede seguir haciendo lo que está haciendo, me parece. Preparándonos para la guerra. Ya que nosotros hacemos el camino, podemos preparar también el lugar donde será la batalla. Yo me instalaré en la corte, después de poner la cara por aquí –miró a Waiti –y con Geora intentaré algo político ahí, aunque no me tengas mucha fe –Geora sonrió -¿Me podrás acompañar Leam? Me conocen como señor de enanos, podemos jugar un poco con eso. –Miró a Giulio. –Sólo si Giulio está de acuerdo en hacerse cargo de todo aquí.

-Estoy de acuerdo.

-Y yo te puedo acompañar, sí.

-¿Me voy a ir justo ahora? ¿Con todo lo que hay para hacer? –dijo Rejno. -¿Y Waiti y Apaí?

-Justamente, por todo lo que hay para hacer. Acá todo está creciendo. ¿O no? Sólo en la capital podremos generar las condiciones para que esto siga así.

-Nosotros podemos analizar el trazado del camino y la montaña, y pensar dónde nos convendría que la batalla se realice. –Señaló Ódego.

-Y yo, ya tengo una idea de cómo se posicionan los condes para cada tema. Te iré preparando algunos encuentros. –Aportó Geora.

-¿Qué piensas Célene? –Preguntó Waiti.

-Que hay esperanza.

-Y que hicimos bien en traerlo de vuelta –Dijo Rejno y todos, sin excepción, se rieron.

-Es verdad amigos. ¡Hay esperanza! Y hay que hacerla crecer con canciones entonces– Dijo Giulio.

-Pero ve preparando algunas tragedias por las dudas –le dijo Rejno.

-¡Claro que no! No harán falta –y como si susurrara –por ahora…

Volvieron a reír. De a poco volvieron a cantar y a bailar como antes. Estuvieron de acuerdo en invitar

a Apaí, que estaba cerca, y que en adelante formara parte del Consejo. Acordaron también la propuesta de Rejno de que Yánece los acompañara a la Torre Blanca, y fue más motivo de risas y festejo, aunque ahora no estuviera ahí. También siguieron hablando de lo ocurrido y lo por venir, como pasa siempre en los reencuentros.

Hacia la Torre Blanca

Las despedidas de los estudiantes fueron muy festivas. Apaí y Waiti anunciaron su “viaje” en la fiesta que los tuliís hicieron en homenaje a Zuldur. Fue la primera vez que “el hombre del bosque” visitaba la aldea en esta generación, por lo que no escatimaron bebida, comida, música y regalos. El día quedó como festivo para la tribu de ahí en más, y el encuentro en sí fue recordado y pasado oralmente por muchísimos años. Zuldur en sí no habló mucho, pero el nombre se había instalado definitivamente y tampoco escatimaron en su mitificación. Ya si la historia misma del demonio y el dragón, de la que los tuliís estaban al tanto, era suficiente para mitificarlo, el cariño al personaje disparó la imaginación y la fantasía del pueblo a extremos indefinidos. En ese escenario, Apaí y Waiti partieron como héroe y heroína hacia vaya a saber qué aventuras, a las entrañas mismas del

gigante antiguo invasor.

En la Taberna del Bosque la fiesta no fue menor en bebida y comida, aún sin participar de historias mágicas de dragones, demonios y elfos, los aldeanos amaban a Rejno. Lo habían visto crecer desde muy pequeño, cuando llegó a la colonia, y lo vieron construir y defender la aldea en la constitución del condado. Ahora que el conde los había elegido, junto a Yánece, también muy amada entre los suyos, nada más y nada menos que para ir a La Torre Blanca, no quedaron dudas de que ellos iban a gobernar en estas tierras y eso era otro motivo de gran alegría popular. No quedaba lugar, a no ser para el Conde, en el corazón de ese pueblo, para otros gobernantes. Y es que a su modo también mitificaban. La riqueza, la capacidad de organización, los enanos en la montaña, guerreros, ahora lo de la Torre Blanca y su sabiduría, sólo accesible a los nobles pero que ahora recibe al bueno de Rejno y a la firme Yánece… Además de las historias y supersticiones sobre seres fantásticos que circulaban en las periferias y que Giulio no había podido neutralizar; aquí también el nombre se había instalado, y la esperanza de prosperidad se disparaba libre de la conciencia de lo endeble de la situación en la que vivían, porque algunos mundos “reales” suelen ser la verdadera fantasía.

Ése fue el contexto en el que se despidieron Rejno y Yánece de los suyos. La única en llorar fue Tania, un poco porque iba a estar lejos de su hijo de nuevo y un poco por el incontenible orgullo de que su pequeño fuera recibido en la torre esa, la del conocimiento, la que era sólo para los privilegiados, la de la escalera tan pero tan larga que se alejaba del imaginario del pueblo hasta ese lugar imposible, hasta ahí, donde llegaba su pequeño. Era más creíble que persiguiera dragones a que llegara a estar ahí.

Geora volvió a su salsa, la intriga y el espionaje cortesano, las redes de crimen y negociación por todo el reino y un poco afuera ahora, mirando hacia el sur y hacia el norte.

Célene se quedó junto a Bolongüé y Ódego, lidiando en el detallado trabajo de reconstrucción de su civilización, con todo lo que eso puede implicar. Al punto de delegar su lugar en la Casa de Niños a sus discípulas humanas.

Giulio, no tuvo casi tiempo para la música. Gobernar como educar son oficios complejos, y a él le tocó cumplir la tarea de gobernar en los hechos, ya que el conde no ponía la cabeza en eso, y lo aclaró desde el comienzo. Además se complicaba cada vez que tenía que formar gente de confianza en comercio, negociación, administración, etc. Ya ni con Leam

contaba, que se avocó a las minas con total obsesión antes de que tuviera que partir con Zuldur; aunque ese viaje al final se demoró en realizar más de un año. Tenía también la función de liberar de sus contratos a siervos de otros nobles para que pudieran venir al condado. De todos modos no lo sufrió tanto, fue descubriendo que era más político que pensador o artista, y la Aldea del Lago creció al ritmo de sus talentos. Y de las riquezas que empezaban a aportar los enanos y de los alimentos, la educación y la salud que venía desde los elfos. "Son los elementos poco ortodoxos los que marcan la diferencia" solía sostener en sus debates. Pero también había elementos que lo complicaban, como ser montar un astillero clandestino para fabricar los barcos con los que movilizarían tropas. Un poco por suerte y otro por talento, entre enanos, tuliís y algunos elfos, lo pudieron hacer.

Zuldur no aportó mucho, sólo el nombre y en ocasiones la presencia sobre todo en festejos o actos públicos que hicieran falta. Por lo demás, se la pasaba en el bosque, haciendo la suya. Se había hecho construir una cabaña que hacía de templo donde recibía intermitentes estudiantes, que pronto partían. Además, se había llevado a vivir allí a un mago de Ub Lide, que le cedió Célene a pesar de no estar

convencida. “Haciendo la suya” era, sobre todo, iniciarse en la magia, a contramano de a dónde iba el mundo. Si lo iba a hacer de todos modos, por lo menos que lo hiciera con alguien que le pudiera contar en qué andaba, pensaba Célene.

Aprendizaje

La habitación no era muy grande, pero suficiente para que entraran las dos cuchetas, una mesa con sus cuatro sillas, un par de baúles y una estantería destinada a estar repleta de libros y pergaminos. Había una hoguerita que suponían usarían en invierno. La ventana era demasiado pequeña para iluminar bien la lectura, por lo que las velas eran un presupuesto aparte. De todos modos amaron la ventana, era como ver una parte del mundo desde las nubes, y allá a lo lejos la Aldea Segunda, la del río que viene desde el lago, el camino a casa.

La mesa era cuadrada, de roble, muy vieja pero sin marcas. Waiti se aguantó toda su estadía de tallarle algo, aunque fuera pequeño. Por todos los medios debían estar siempre atentos a no dejar rastros de la tribu. Giulio les había preparado túnicas

grises y con capucha para que usaran todo el tiempo los cuatro, y practicaban a conciencia unos dialectos artificiales que les había enseñado para despistar a los habitantes de la Torre Blanca. Cuando leyeron los destinos de los diferentes pueblos que habían habitado los territorios por donde el reino se expandía, entendieron los cuidados que les había señalado Giulio, y del afortunado extraño destino que los tuliís estaban viviendo ahora.

-No necesitamos necrófilos extranjeros, –dijo Rejno mientras estudiaban una noche –aquí tenemos los suficientes para arruinarnos como especie.

-Si los necrófilos conquistan el corazón de los comerciantes, ahí sí estaremos en problemas como especie.- Dijo Yánece y sospecharon que la necrofilia perdía el tiempo invadiendo corazones de nigromantes y gobernantes, no veía que el futuro de los humanos pasaba por otras manos.

La estudiante más avanzada fue siempre Yánece, que no perdía tiempo en la sala de esgrima muchas mañanas como hacían sus compañeros. Estudiaron historia, matemática, filosofía y letras. Apaí y Waiti estrategia militar, Rejno y Yánece política. Ella, además, comercio. La recepción de los estudiantes en sí le había costado al condado una pequeña fortuna, pero además, los tutores elegidos

recibían lo suyo aparte desde Giulio, ya sea en dinero, en influencia, en saberes o en hierbas.

Rejno y Yánece se permitieron entablar comunicación con otros estudiantes, nobles en general, pero no los primogénitos que se quedarían con los títulos de sus padres. Algunos aspiraban a quedarse en la torre como tutores y otros a ser funcionarios del rey o, en el peor de los casos, de sus parientes. Nadie conocía el Condado del Norte ni lo que en él pasaba, ni el camino hacia el norte.

Cuando estudiaron el reino del norte, Rejno entendió lo desactualizado que estaba todo. Además de todas las aldeas y ciudades que ya no existían, la ciudad del puerto de este lado del estrecho era gloriosa y no unas ruinas superpobladas de pobreza. Y el puerto del otro lado era un pequeño asentamiento comercial y no una tremenda base militar. Sospechaban entonces que lo que se sabía del sur también era falso, pero igual buscaron información que les pudiera servir en caso de una posible alianza.

También tenían el trabajo de copiar mapas y documentos importantes que les mandaban a Giulio en una fluida correspondencia secreta que por supuesto, les traía costos extras. Alguien de confianza les intercambiaba la correspondencia en las noches de luna llena, que eran las que habían acordado bajar

a la aldea a divertirse y relajarse en la taberna, donde, obviamente, tenían otros contactos para estar seguros y no arriesgar nada.

De la buena paga de Giulio surgió que tuvieron acceso a libros a los que no era fácil llegar, y de las buenas relaciones de Zuldur obtuvieron la guía sostenida y acogedora de Naha, una de las pocas mujeres que vivían en la torre, maestra de filosofía. Además de las clases junto a otros estudiantes, Naha les daba clases a los cuatro solos cuando tenía la posibilidad, y les recomendaba libros que eran poco populares entre los demás sabios. En la primera de esas clases les entregó una cita de un antiguo rey guerrero: "Si nutres al pueblo sin educarlo, no conocerá la cortesía ni el deber. Sin cortesía, se alterará el orden social; sin sentido del deber despreciará a su señor".

-Ya que son guerreros, trabajen con esta cita. –Les pidió Naha. –Al terminar nuestros encuentros deberán presentarme una reflexión sobre ella; pero a primera impresión… ¿Qué les parece?

-No sé, yo me encargo más de nutrir al pueblo que de lo demás –Yánece fue la primera en contestar.

-Me parece una buena cita. Nutrición, educación, cortesía, deber, orden social, lealtad… Son todas virtudes que supongo son las que venimos a

buscar… -Dijo Rejno.

-¿Y ustedes que están tan callados? –Les preguntó a Waiti y Apaí, que demoraron un breve pero bien marcado momento en contestar.

-No sé, habla como si el pueblo le perteneciera… No me puedo poner en ese lugar, yo no soy dueño de ningún pueblo… -Contestó el primero.

-A mí me da dudas a qué orden social se refiere… -Titubeó Apaí.

-Son dudas válidas, para empezar. Vamos a la biblioteca.

"Si nos nutrimos como pueblo sin educarnos para la libertad, corremos el riesgo de perdernos en la cortesía y el deber, para ser así cómplices de sostener órdenes sociales injustos y líderes indignos de su pueblo", fue lo que le entregaron casi dos años después, para satisfacción intelectual de su maestra, para maduración de su relación con el saber, y con el poder; y para beneficio de un pueblo que en algún futuro conseguiría educarse para la libertad.

Fueron casi dos años muy felices para el cuarteto, o par de parejas, según como se mire. Pasaron todo el tiempo en la Torre Blanca entre el amor, las clases, el estudio y el entrenamiento independiente en la sala de esgrima, para no perder el ritmo. Todo el tiempo salvo en las lunas llenas, que las

pasaban en la aldea; y salvo el breve viaje de Rejno al condado, a pedido de Célene, cuando ya había pasado un año.

Rol de Conde

El guerrero pasó encapuchado muy discretamente por la Taberna del Bosque a saludar a Tania y de ahí se fue directamente al bosque, a la aldea de los elfos. Para su sorpresa la aldea estaba totalmente cambiada. El Árbol de Ardua Ub Lide ya tenía casi el tamaño de la Torre Blanca, y a su alrededor se había formado toda una ciudad próspera y hermosa, con jardines de ensueño, repleta de movimiento, música, aromas y por la noche, de luces. Bastante antes de llegar se encontró con los guardianes, que lo estaban esperando y que lo acompañaron hasta Célene.

La reina caminaba junto a una elfa que la igualaba en belleza y ambas contaban algo a un grupo de jóvenes que se reían mucho con la historia.

-Sigan jugando. –Les dijo cuando vio a Rejno, y el grupo se alejó entre risas y corridas.

-Célene, qué lugar tan maravilloso. Te felicito, y me alegra verte. –Se acercaron y se abrazaron.

-A mí también me produce una profunda alegría verte y poder hablar contigo. Te presento a Nábigüe, mi esposa.

-Un gusto conocerte Rejno, me han hablado mucho de ti. –Dijo la otra hermosa reina con una reverencia y un dulce gesto.

-El gusto es mío, Nábigüe. –Dijo junto a su reverencia, pero le faltó el gesto dulce.

-No es inapropiado que preguntes. –Le dijo Célene.

-¿Esposa? –Salió disparada la reprimida pregunta de la garganta del joven.

-Sí querido amigo. El vínculo con Zuldur quedó deshecho con su muerte. Aunque ahora nos une nuestro hijo, no hemos renovado el matrimonio después de su resurrección. Nábigüe es oriunda de Ub Lide, nos amamos, y decidimos que en esta era el reino élfico tendrá dos reinas en lugar de rey y reina como se acostumbraba.

-Nos alegramos mucho con la noticia del nacimiento. ¿Zuli está aquí?

-Sí, es un hermoso bebé, ya lo conocerás. Ahora duerme. Está aquí pero no por mucho tiempo. Deberá vivir entre esta aldea y la fortaleza del conde,

aunque sea muy pequeño para tener tantas responsabilidades políticas.

-Comprendo… ¿Y Zuldur?

-Por él te hemos llamado. Giulio y yo ya no tenemos incidencia. No conseguimos que cumpla su parte en el acuerdo del último Consejo, está recluido en su templo y pareciera no tener intenciones de ir a la ciudad capital. En un año el camino del norte estará listo, el tiempo se nos agota y él parece no escuchar razones. Necesitamos que lo convenzas de que ya es el momento de que vuelva a su rol político.

-Sí. En realidad preguntaba cómo estaba él…

-Eso podrás preguntárselo personalmente.

-Claro. Y entiendo la urgencia.

-Vamos a ver si ya despertó Zuli, y me cuentas cómo están ustedes. Me gustaría que tuviéramos la posibilidad, en algún momento, de que estudien con nosotros también.

-Ya hemos aprendido mucho de ustedes; pero sí, ojalá tengamos la posibilidad.

Se quedó a compartir y conocer la aldea, se maravilló con el crecimiento y la magia en ese lugar del profundo bosque, la gente, la vegetación, los animales… y las criaturas. Conoció a la grifo Drana pero no quiso montarla, a pesar de que al primer contacto se tuvieron afecto, influenciada un poco por

Célene quizás. Cenaron, cantaron, durmió en una más que acogedora cabaña y partió de madrugada a ver a su amigo. Lo acompañó hasta muy cerca un explorador elfo al que agradeció mucho, aunque lamentó que no fuera ninguno de sus amigos. Ódego estaba entrenando a las nuevas generaciones y Bolongüé en las montañas, preparando el terreno y el camino por donde entraría el enemigo.

Al atardecer llegó a la cabaña de Zuldur.

Lo encontró calentando un tambor grande al lado de una fogata. Era claro que ya sabía que lo estaba viendo, pero no dejaba de hacer lo que estaba haciendo. Contrastaba totalmente con la pulcritud de la aldea élfica, estaba desprolijo, con el pelo más largo, enmarañado y con hojas, barbudo, canoso. Además estaba descalzo y con el torso descubierto, para completar su imagen naturalista y salvaje.

La cabaña prácticamente no tenía paredes, era más bien un techo, cuidado y limpio, pero simple.

-¿Ahora eres músico? –Le preguntó a modo de saludo, con la intensión de interrumpir su concentración.

-Todavía no; pero pronto. –Le dijo, y lo miró como si no hubiera pasado tiempo entre la última vez que hablaron y ésta.

Dejó lo que estaba haciendo, se acercó y se

paró para estar frente a frente, muy cerca, aunque tenía que levantar su cara para encontrarse con los ojos del guerrero.

-¿Y tú? ¿Ahora eres el líder? ¿Vienes a reprenderme? –Le dijo ya en actitud claramente provocadora.

-¿Vas a desafiarme? –Le preguntó Rejno, inmutado, como respuesta.

El ermitaño demoró un breve momento en contestar, sosteniendo la mirada.

-No, claro que no.

Apartó la mirada y aflojó la tensión. Se dio vuelta para mirar su cabaña y el tambor.

-Bueno, -suspiró –supongo que se acabó el dulce. Ven, relájate, tengo algo de comida y bebida. –Lo agarró del brazo. – Me alegra verte. –Lo miró, ahora con una sonrisa. –En una par de días partiré hacia mis responsabilidades. ¿De acuerdo?

-Me parece bien. También me alegra verte. –Le dijo; pero sin poder relajarse.

Al acercarse más, Rejno notó que el templo no era del todo simple. Las columnas de madera estaban esculpidas o talladas con extrañas figuras, de los elfos, los enanos, los tuliís y de algunas otras culturas que no alcanzaba a reconocer. A un costado había una escalera que bajaba a un subsuelo de donde Zuldur

sacó la comida y la bebida. Con ayuda de ésta y durante la cena recién pudo aflojar la tensión.

-Se te ve bien; pero estás envejecido. – Le dijo.

-Sí, colaboré con los elfos en el entrenamiento de sus niños. En una sala que tienen donde el tiempo corre muchísimo más rápido. Intentan que lleguen ya en la madurez a la batalla. Un día en esa sala es un año. Es algo muy interesante, sobre todo para ellos que son inmortales; pero para mí, el tiempo corrió sin piedad. –Sonrió – Pasé unos días ahí y ahora debo andar alrededor de los ciento veinte años…

-Siendo así, no estás tan mal. –Rieron los dos.

-¿Cómo les va a ustedes?

-Muy bien. Es difícil pero vamos bien, creo. Por lo menos Naha así lo cree.

-Mándale mis saludos.

-Lo haré. ¿Qué hace alguien como Naha trabajando para esa gente?

-Justamente enseñando a gente como ustedes. Ella apuesta a estar en un lugar donde pueda darle herramientas a quienes quieran ser libres, o cambiar en algo las condiciones de injusticia en las que viven los humanos. No trabaja para “esa gente”. Trabaja para el conocimiento, como irás viendo mientras estudien con ella.

-Estamos muy bien con ella, pero estudiamos

con varios tutores. De todos modos no estoy seguro de que sea lo que más necesitamos. Lo hacemos sobre todo porque así lo decidimos en el Consejo, y ponemos todo en eso, aunque todavía no tengamos muy en claro la pertinencia con lo que está por suceder.

-Está bien. Yo también haré lo que decidimos, ya entendí. –Rieron.

-Pensé que ibas a tocar el tambor mientras nosotros hacíamos todo el trabajo…

-Eso sí que no. –Rieron más. –Mañana temprano puedes volver. En dos días iré a visitar a mi hijo, y a Giulio, y luego partiré hacia la capital, como habíamos quedado, aunque todavía no terminé aquí.

-¿Qué haces aquí?

-Me estoy haciendo mago.

-¿A pesar de las advertencias de tu maestra?

-Estoy vivo a pesar de sus advertencias. ¿No? ¿Qué le va a hacer un poco más de desobediencia? –Rieron de nuevo.

-¿Y qué esperas encontrar en la magia?

-Todavía no sé lo que estoy buscando, menos aun lo que puedo encontrar. Por ahora te puedo contar que luche contra Bolongüé, entrenando, y aunque al final me venció, lo perseguí por gran parte del bosque. ¿Te imaginas?

-Sí, y me impresiona. Pero nuestros objetivos ahora son netamente colectivos. Valoro tus poderes, créeme, como guerrero te lo digo. Pero te necesitamos en otro lugar ahora.

-Ya te dije que te relajes. Estoy alineado de nuevo. Estoy con ustedes.

Brindaron, descansaron y a la madrugada siguiente se despidieron con un abrazo.

Volvamos

En una mesa junto a la ventana, en la Taberna del Sabio, en la Aldea Segunda, una noche de luna llena, se encontraban los cuatro jóvenes de la Aldea del Lago. Ya habían pasado dieciocho de estas lunas de taberna, y recién ahora la empezaban a sentir un poco como suya. Y el sentimiento era mutuo, ya los habían adoptado como propios a ellos también, para beber, comer, bailar y cantar; como cualquier paisano.

-¡Eh! Pero si acá están los alegres estudiantes de la Aldea del Lago. –Expresó un comerciante reconocido que entraba sin molestarse en no llamar la atención. Ya los conocía de otras noches, pero no habían desarrollado confianza. De todos modos se sentó con ellos. -¿Puedo? Es que estoy muy contento con su aldea. Es casi una ciudad ya, y el comercio es cada vez más intenso, y eso me hace muy feliz.

Déjenme invitarlos, yo pago, por favor.

-Claro, es un gusto. Nosotros también amamos nuestra aldea. –Respondió Yánece. -¿Qué noticias tienes?

-Bueno, ya sabrán que su Conde se ha instalado en la capital. Anda con su enano de aquí para allá, es un personaje al que se le ha tomado cariño. Si hablas con él, te da una carta para que le entregues a Giulio y… ¡Zas! Tienes un buen negocio. Estamos pensando con mi familia en mudarnos a su aldea. –Les dijo como en secreto. –Aunque haya rumores…

-¿Rumores? –Preguntó Rejno.

-Sí, ya sabes… Criaturas mágicas, brujas… Esas cosas.

-¡Ah! Sólo fantasías sobre tierras extrañas. No te preocupes, no hay nada de eso por mis tierras, te lo aseguro.

-Igual, hay una movida de los sacerdotes para abrir un templo allá, para guardar la fe. –Los jóvenes se miraron entre ellos.

-¡Qué divertido! –dijo Yánece. Todos rieron y levantaron las jarras que les estaban llenando durante la charla. -¡Por la Aldea del Lago!

-¡Por la Aldea del Lago! –Brindaron todos y se sorprendieron de que en varias otras mesas también.

Luego, como si estuviera preparado, aumentó el ritmo y el volumen de la música y empezó el baile.

Una docena de canciones después estaban los cuatro sentados de nuevo, en otra mesa más al fondo.

-Rejno, -dijo Apaí –aquella mujer extraña no deja de mirarte.

-¿Sí? ¿Aquella?

-Sí.

-Deberías ir a hablar con ella… -Dijo Waiti.

-¡Tonto! –Dijo Yánece simulando que le pegaba mientras reían.

-No, en serio, fíjate bien.

-Es verdad, debo ir.

La mujer con traje de viajera subió a la posada y Rejno la siguió después de esperar un momento. Caminó por el pasillo hasta que escuchó que una puerta se abría levemente y entró en esa habitación.

-Pensé que nunca te darías cuenta. –Le dijo Geora.

-Nunca me di. Fue Apaí. –Sonrieron y se abrazaron. -¿Cómo estás? ¿Qué noticias hay en la corte?

-Está todo bien, gracias a ti. Está haciendo muy bien su rol, es muy bueno el idiota.

-¡Ja! Me dio gracia verlo pasar afeitado, con el

pelo recogido, el traje de noble y los gestos de superioridad. Lo hubieras visto en estado salvaje en el bosque. ¿Consiguió algo?

-No, es muy pronto todavía. Recién se está acomodando pero va bien. Le di varios contactos y está haciendo vínculos con los condes. Va a la corte. Ha cenado con el rey mismo. Está hablando en particular con Dowin, un conde con aspiraciones personales y poco afecto para con el rey.

-¿Y tú? ¿Cómo estás?

-Excelente, ya casi que me podría casar con un futuro conde, Madson. No tiene mucha simpatía con Zuldur pero sí conmigo, je. Ahora me voy al sur. Está todo listo y si tengo éxito, tendremos por fin contactos con aquel reino. Giulio mandó su gente, pero a la mía le fue mejor, así que debo ir yo. Quedan ojos de confianza en la corte; pero ya sabes, no es lo mismo. Mira este anillo, alguien con uno igual tiene el trabajo de buscarte, por cualquier imprevisto. Confía en ella.

-Entiendo.

-Será mejor que se vayan ya. Aprovechen el tiempo que les queda en la torre. Luego será todo más difícil.

Se abrazaron también para despedirse y Rejno bajó, pensando en lo cordial que se había

vuelto Geora en este tiempo.

-¿Tan rápido? –Preguntó Waiti.

-¡Tonto! –Le volvió a pegar Yánece y volvieron a reírse.

-Vamos, es mejor que nos vayamos ya. –Dijo Rejno.

-¿Y nos cuentas en el camino? –Preguntó Apaí.

-Les cuento.

Pasó el tiempo y la mujer del anillo llegó en otra luna llena de taberna, la número veinticinco, cuando las ansiedades empezaban a apretar, pero todavía no pensaban que fuera la última noche de taberna.

Muy entrada la noche fue directo a la mesa donde estaban los cuatro, después de bailar bastante. Se paró frente a ellos con su traje de viajera e imagen de mujer ruda, y levantó su jarro mostrando el anillo de Geora.

-¡Salud! –Dijo mirando a Rejno y le transformó el rostro de risas en rostro de guerrero.

-Siéntate, podemos hablar con confianza. –Le dijo acercando una silla a la mesa.

-Bien, pero hablaremos rápido. Los están esperando en el muelle.

-¿Qué noticias traes? –Preguntó Yánece.

-Más que noticias, un mensaje. Dice Zuldur que partan ya, y vuelvan en siete días con el ejército. Todo el ejército. –Dijo en voz baja aunque no hubiera nadie cerca.

-¿Qué? –Preguntaron los cuatro al mismo tiempo y en voz alta.

-Disculpa. –Dijo Rejno cuando se calmaron.

-¿Está loco? –Preguntó Yánece en voz baja.

-Debe haber pasado algo. –Dijo Waiti en calma. -¿Qué pasó?

-Zuldur fue traicionado en la corte, por el conde Dowin, a quién creíamos un aliado. Compartían planes e impresiones sobre lo que se viene desde el norte y había comprometido apoyo cuando llegara el momento. Ese momento llegó hace unos días. El rey convocó a todos los condes para anunciar la terminación del camino al norte, donde felicitó al Conde del Gran Lago; y para pedirles reunir el gran ejército para acompañar a los del norte a pelear en el sur. En ese momento Zuldur pidió la palabra y frente a todos los condes y otros nobles, explicó lo que él sabía sobre los necrófilos del norte, como los llamó, y que iban a devastar este reino también, no sólo el del sur, y que debían en todo caso preparar el ejército para defenderse. A pesar de la ira del rey, pensábamos que contábamos con el apoyo de

suficientes condes; pero no, nadie habló a favor, nadie se animó. Y lo de Dowin fue lo peor. Empezó señalando que "Ya sabemos quién es Zuldur… Un oportunista…" Y lo acusó de defender intereses extranjeros y de traidor. De impulsar mitos prohibidos, en fin, puso en su boca todas las acusaciones que rumoreaban los enemigos que Zuldur se había ido haciendo en su año en la corte. Nadie lo defendió y en fin, el rey a los gritos le ordenó abandonar la ciudad y volver a su condado a preparar las tropas para poner a su disposición, con lo que podría considerar tenerle piedad.

Los jóvenes quedaron petrificados mirando a la mujer, ni atinaron a preguntar nada aún en un prolongado silencio que hizo, como para beber y calcular las palabras con las que iba a continuar.

-Partió el carruaje con Zuldur y Leam; pero esa misma noche, anoche, apareció Zuldur en mi cuarto. Literalmente apareció. No había nada ni nadie ahí y de repente apareció, como un fantasma. –Volvió a beber. –Me dijo que su carruaje fue interceptado por un grupo de guerreros vestidos como viajeros, que no lo encontraron, pero se llevaron a Leam y lo tienen en unas mazmorras, que sabe dónde y que pronto lo liberará. Me pidió los planos que teníamos de pasajes secretos y túneles del castillo. Puntualmente los que

utilizan las cortesanas para visitar en secreto al rey. Me pidió que les preparara un barco a ustedes y que les diera el mensaje. Y desapareció. Literalmente. Ante mis ojos. –Volvió a beber.

-Ahora anda invisible en la Torre Roja. –Dijo Waiti.

-Y se la va a volver a mandar… -Dijo Rejno.

-Tenemos siete días para traer el ejército a las puertas de la ciudad. –Apaí pensaba en voz alta. –Suponiendo que podamos… ¿Será un ejército suficiente?

-Si se la manda y el ejército no está o no es suficiente, da lo mismo; el condado está liquidado. Y todos nosotros. –Dijo Rejno. –No nos deja otra alternativa, hay que partir ya mismo. ¿Está todo listo?

-Hay un barco en el muelle que carga vino y aceite para el Lago. Está esperando a que ustedes lleguen para zarpar. –Dijo la espía.

-Vamos ya entonces. –Dijo Rejno y partieron sin tiempo para empacar, sólo con sus morrales. Ni armas llevaban, más que alguna daga escondida de Apaí. Cuatro estudiantes volviendo de sus juergas.

Llegaron solos al muelle, no había nadie. Sólo había varios barcos, uno con luces encendidas adentro y una tabla invitando a subir.

-¿Esto es seguro? –Preguntó Apaí.

-¿Tenemos alternativa? –Preguntó Yánece.

-Ni pienso proponer que vamos Rejno y yo solos…- Dijo Waiti.

-Ni se te ocurra. –Le marcó Apaí frunciendo el ceño y sonrieron.

-Subamos los seis entonces. –Se resignó y levantó los hombros.

Subieron. Adentro el capitán, barbudo y delgado, los recibió con una discreta inclinación y le dio indicaciones a sus marineros para que zarparan. Entre velas y remos, la pequeña embarcación empezó a subir el ancho y tranquilo río.

El Ejército del Gran Lago

El día que llegaron al muelle de la Aldea del Lago las barcas que Giulio había preparado en el astillero clandestino, Apaí no lo podía creer. Mucho menos con el ejército que se concentraba ahí para poder viajar. No esperaba tantos cambios en sus dos años breves de ausencia. Ya estaba impresionada con la legión de tuliís de la que se puso al frente en cuanto llegó. El número, las armas, las armaduras, las técnicas de combate, más allá de lo que podía imaginar o aspirar como capitana. La legión de arqueros elfos, disfrazados de humanos, de discretas capas y capuchas. La de aldeanos, increíble, armados y pertrechados sin nada que envidiar a las mismas tropas del rey, y leales a Rejno y al conde a más no poder. Pero lo que más la estremeció fue la llegada de los enanos. Ya habían asombrado con las armas y armaduras que habían mandado para la legión de la

aldea; pero claramente se habían dejado lo mejor para ellos. Como seiscientos enanos bien armados y disciplinados pasaron por la aldea y subieron a sus barcas al grito de “Leam” mientras golpeaban sus escudos de escamas de dragón y hierro. Iban dirigidos por Gould, decididos a buscar a su líder Leam y a defender su nuevo hogar.

-Es suficiente ejército. –Le dijo Waiti, que se había parado junto a ella mientras estaba absorta.

-Es suficiente, aunque no sabemos para qué. –Lo miró. –Te queda bien tu uniforme de soldado colono. Sonrió.

-Es el uniforme de capitán, no de soldado. Y de la Legión del Conde, no colono. –Rieron los dos.

-Pues no veo mujeres en su legión, capitán.

-Todavía no estamos listos para ese paso, pero dame tiempo.

-Pero sí veo que Yánece también viene.

-Sí, decidió hacerse cargo de la logística. Y parece que tiene más autoridad que el General. –Volvieron a reír. -¿Cómo está nuestro hogar?

-No vas a poder creer lo hermosa que está nuestra aldea. Ya quiero que estemos ahí con ella. –Apoyó su mano en el vientre.

-¿Ella?

-Las viejas dicen que es ella…

-Estoy ansioso por volver a casa.

-Y es todo tan incierto.

-Confiemos en nosotros.

-El Conde es el que me preocupa.

-Ya te acostumbrarás. Yo confío en mi compañero.

Apaí sonrió con ternura, como diciendo "estos niños". Hizo una inclinación de cabeza como despedida e hizo unos pasos hacia su legión antes de voltearse.

-Yo confío en ti. –Le dijo y se fue con los tuliís.

Uno de los arqueros se acercó al General Rejno, que estaba con Giulio viendo unos papeles sobre una mesa. Rejno sospechaba que era Ódego, así que se paró y fue hacia él para saludarlo. Efectivamente era él bajo su capucha.

-¡Estimado amigo! – Lo recibió con un abrazo.

-Es un gusto verte de nuevo, querido amigo. Célene te manda saludos, bendición y afecto.

-Los recibo con mucha alegría. Y a su apoyo militar. Son muchos más de los que esperábamos.

-Nuestros jóvenes crecen rápido, al igual que nuestro pueblo.

-Sí, algo me contaron. ¿Son tan buenos como tú?

-Mejores.

-Entonces ya hemos ganado.

-Depende contra qué luchemos. –Dijo Giulio que se acercó a abrazar al elfo. –Y eso todavía no lo sabemos.

-Espero que contra nada. Vamos a necesitar hasta el último ser de este reino para frenar a los necrófilos. No va a ser bueno que nos matemos entre nosotros. Digamos que sólo vamos a mostrarnos.

-Pero si hay que luchar, lucharemos bien. –Dijo el elfo.

-No nos quedan dudas. –Dijo Giulio, lo abrazó de nuevo y se volvió a la mesa y los papeles, sin hablar de canciones ni de gestas ni de gloria. Sin ademanes ni recitados.

-Ya no es el mismo, necesita un descanso, me parece. –Dijo Rejno.

-Ya nadie es el mismo. Le prepararemos una estadía en nuestro pueblo y volverá a la música y a la actuación, te lo garantizo.

-Es una estupenda idea. Bien, suban, esas barcas son las suyas. Recuerden no dar señales de que son elfos.

-Hasta las flechas son humanas. Lo único que podríamos dejar serían nuestros cadáveres, y eso no va a pasar.

Se dieron un apretón de manos y se

separaron. Rejno volvió con Giulio y sus papeles.

La Aldea del Lago no había tenido un evento así desde la despedida a la caravana del entonces comerciante Zuldur, que quedó totalmente disminuida si se comparaban. En estos años se habían acostumbrado más a actos y fiestas. Esta despedida a semejante ejército les abría la conciencia de cuánto habían crecido, de en qué se habían convertido y del valor que esto tenía. Para el pueblo, el rey había convocado al ejército del Condado del Lago, y estaban mandando uno que superaba todas sus expectativas. Quienes habían visto tropas alguna vez, no se comparaban con estas, ni siquiera las de la capital.

Entre música, gritos, llantos, risas, partió por primera vez el ejército del Gran Lago, y partió hacia el sur.

Madera negra

El rey estaba acostado en una cama exageradamente grande, y cuatro cortesanas dormían a su alrededor. Estaba mirando el techo, juntando fuerzas para reponerse de una noche de excesos y emprender su fastidioso día. Había convocado a todos los condes para avanzar en lo del cruce de las fuerzas del norte. A todos menos a uno.

Sintió movimientos en la cama, como si alguien caminara en ella, giró la cabeza a ambos lados pero todas dormían.

Cuando apareció súbitamente la figura encapuchada con una lanza negra en la mano, no tuvo más tiempo que para transformar su rostro depravado, pleno y satisfecho; en uno de asombro seguido de espanto porque era alguien conocido. La lanza negra, que en realidad era toda de madera, de la dura madera negra, le atravesó el pecho y lo clavó a la

cama, como a un insecto de colección.

El grito y los espasmos despertaron a las mujeres, que alcanzaron a ver cómo el asesino encapuchado desaparecía en la nada misma, sin bajarse siquiera de la cama. Siguieron unos breves gritos, y la intervención de una de las cortesanas para recuperar la calma, porque no podían ser ellas las que dieran la noticia. Más allá de que algunas eran casadas, las iban a colgar a todas. Al final se convencieron y se fueron en silencio. El rey quedó solo entre las sábanas blancas, la madera negra, las manchas rojas y el espanto en el rostro.

El Rey de Jato

El ejército llegó sin problemas a las puertas de la ciudad. Hasta ahí nadie había salido a interrumpirles el paso. Ahora las puertas estaban cerradas y había arqueros en las torres y muros.

Rejno, más agigantado con su coraza aparatosa y sus dos hachas en la espalda se acercó hasta la puerta misma y se quitó el yelmo con forma de dragón.

-Soy Rejno. –Gritó con voz muy alta y con autoridad. –General del ejército del Conde Zuldur. Tengo órdenes de entrar. –Y gritando con más fuerza. -¡Abran las puertas ahora o morirán todos hoy!

-¡Rejno! –Gritó quien parecía el capitán. –Entiendo que estamos en desventaja, pero también tengo órdenes. No puedo abrir la puerta. –Y mirando el rostro de preocupación de sus soldados. –Si por lo menos estuviera el Conde con ustedes…

Se acercó a Rejno uno de los arqueros elfos encapuchados, y se quitó la capucha.

-Aquí estoy Eldad. ¿De quién es la orden de no dejarnos entrar?

El ejército reconoció al Conde y empezó a gritar "¡Zuldur!" varias veces y golpearon armas y escudos, hasta que los capitanes pidieron silencio. Los rostros de los defensores de la puerta suplicaban que el capitán diera la orden de abrir.

-De los condes. El rey ha muerto, Zuldur.- Respondió el capitán de la puerta.

-Pues yo soy un conde, Eldad. Y si entiendes algo de política, comprenderás que lo mejor para todos es que nos abras las puertas ahora, y te sumes a mi ejército.

El ejército volvió a cantar "¡Zuldur!", y esta vez los de los muros y las torres se sumaron al canto. Las puertas se abrieron.

-Lo conocías. –Dijo Rejno con una sonrisa. –No perdiste el tiempo en la ciudad. ¿Eh?

-También tenemos taberna en la capital. ¿Recuerdas? Y algo tenía que hacer para disminuir el sufrimiento de que me obligaras a estar acá.

-Tenemos suerte de que el rey haya muerto, y justo ahora.

-Veremos si es buena suerte o mala suerte.

Avanzaron por la ciudad con las tropas por detrás.

-¿Cuál es el plan?

-Técnicamente hemos tomado la ciudad. Podríamos saquearla ahora y matar a todos los condes juntos, que están en una sala de la Torre Roja. Sin rey, parece que la Guardia Real ha decidido no jugar, y está acuartelada. Así que no podrán rechazar mi propuesta. Sacaremos un documento de guerra a los invasores del norte y solicitaremos que el nuevo rey defienda nuestras tierras. Luego elegiremos rey, libremente, sin presiones. –Sonrió. –Luego deberemos "pacificar" posibles desacuerdos de los condes cuando ya estén a salvo en sus condados, antes de que los del norte crucen las montañas. Después la guerra y después no sé.

-Apruebo ese plan, y lo defenderé en el Consejo del Bosque.

-Gracias. –Sonrieron. –Lo intenté de la otra forma, sin jugar a todo o nada. De verdad lo intenté.

-Lo sé. Confío en ti, aunque tenga que reprenderte de vez en cuando. ¿Entrarás solo?

-No, que quede Leam a cargo y entra conmigo. Mira, ahí viene. Está un poco machucado pero se la banca.

Entre la gente que se juntaba para ver y

vitorear a Zuldur y el desfile militar salió el enano con coraza, yelmo y martillo, listo para el combate.

-¿Me perdí de algo? –Dijo cuando llegó.

-No. No íbamos a empezar la pelea sin ti. ¿Dónde estabas? –Lo recibió Rejno.

-En la taberna. ¿Dónde más?

-Podría haber sido en unas mazmorras.

-No, alguien me liberó la mañana en que mataron al rey. –Rio. -¿Qué hacemos ahora?

Justo llegaban a la Torre Roja.

-¿Ves nuestro ejército? –Le dijo Rejno. – Allá están Waiti, tu primo Gould, Apaí, Ódego y al fondo Eldad. Estás a cargo. –Le entregó el yelmo con forma de dragón y entró con Zuldur a la Torre Roja.

-¿Eldad? ¿Quién es Eldad?

Preguntó pero ya estaba solo. Se sacó su yelmo e intentó ponerse el de General, y no le entró. Entre maldiciones y sin yelmo se fue a donde Waiti, pero se desvió hacia los enanos cuando los vio. Se le hinchó el pecho de emoción cuando los enanos lo reconocieron y empezaron a gritar "¡Leam!" y a golpear armas y escudos.

Nadie se atrevió a interrumpirles el paso en la Torre Roja. El Conde quedaba delgado y pequeño al lado del guerrero de las hachas en la espalda; delicado en la túnica confeccionada por los elfos,

pero el rostro firme. Por donde pasaban se hacía el silencio y se abrían las puertas.

En el Salón de los Condes estaban todos sentados a una mesa rectangular larga de roble. Sólo estaban vacíos los bancos de Zuldur a un costado, y el del rey en la cabecera. Desde la puerta abierta de dos hojas, que también eran de roble, vieron que no había soldados ni sirvientes en el salón, sólo los once condes, mirándolos en silencio.

-Esperaré aquí, Señor. –Dijo Rejno para que lo oyeran.

-Señores, iré al grano con mi propuesta…- Le escuchó decir mientras entraba, cerró las hojas de roble, le señaló con la mano a uno de los centinelas que se corriera, y ocupó su lugar con las manos cruzadas adelante y los pies separados.

Ahí pasó lo que quedaba de la tarde, salvo para acercarse un momento a los ventanales que estaban del otro lado del pasillo. Pudo ver una gran parte de la ciudad desde ahí. Sabía que estaban alto porque sus piernas recordaban muchos escalones para llegar, pero ni cerca pensaba que tanto. La ciudad lo conmovió, y más cuando se la imaginó cómo quedaría después del paso de los necrófilos. Recordó los yermos y las ciudades del norte, la miseria y el hambre; pueblos viviendo en hogares calados en las

ruinas.

Pensó en Naha y sus debates, en Yánece, en su hijo o hija por venir. Pensó en su madre, imaginó a Tania sufriendo en el pasado las injusticias de allí abajo, los espantos que la hicieron ir tan lejos para salvar a su hijo, aún con los riesgos y la incertidumbre. Las cosas que somos capaces de hacer por nuestros hijos. Volvió a pensar en Yánece. La recordó discutiendo con Naha justamente sobre justicia, sobre sociedades corruptas. Pensó en todo lo que habría que cambiar aquí para ser más justos, y pensó en los cambios que traerían los del norte. Pensó en lo inestable de todo. Agradeció ser guerrero y no político. No estaba feliz con la sociedad que heredaba, como había dicho en el genocidio tulií, pero intuía que algo de esto había que recibirlo, y en todo caso transformarlo, pero no rifarlo, ni negarlo, ni evadirlo. Ese sería el camino a la muerte segura.

Volvió a su lugar al lado de la puerta, cómodo en su rol de guardia, de guerrero. No le duraría mucho.

Al rato salió uno de los condes, con gesto tenso, y pidió que llamaran al escriba y al Supremo Sacerdote. Entraron éstos y la reunión duró un largo rato más.

Por fin se abrió la puerta y los condes salieron

apresurados vaya a saber a dónde, menos un pequeño grupo que seguía hablando mientras salía, en el que estaba su maestro y amigo.

-Señores, les presento a Rejno, mi General. –Hubo inclinaciones mutuas de cabezas.

-Entonces será General del Rey, supongo.- Se atrevió a decir uno de los condes, que se manejaba como de confianza con Zuldur.

-Veremos. –Contestó haciéndose el importante, para gracia de Rejno. –General, llame a sus capitanes al Salón del Trono, quiero que estén en el anuncio que se está por hacer. Menos el de arqueros, que se vuelva a casa con su gente. Y haga traer a Giulio lo más rápido posible.

-Sí Señor. –Respondió siguiendo con la parodia. –Señores. –Inclinó nuevamente la cabeza como despedida y se retiró.

Bajó a llamar a sus amigos, pero no supo explicarles precisamente para qué. Sí era claro que volvían a meterse en un juego cada vez más peligroso.

-Mejor, en el próximo Consejo del Bosque se lo devolvemos a la Madre Tierra.- Le dijo a Waiti y sonrieron en la incertidumbre.

El comunicado en el Salón del Trono fue breve, concreto, poco festivo para la nobleza. Cayó un poco mejor al pueblo y fue motivo de excesivo baile

en la ahora Ciudadela del Lago.

Consistió en la lectura de tres documentos: El primero en el que los condes, por unanimidad, rechazaban el paso del ejército extranjero del norte por cualquier región del reino de Jato, y solicitaban al futuro rey, que de persistir la intención de los pueblos del norte de cruzar por este territorio, se le declarara la guerra y se le detuviera. Para esto, cada conde se comprometió a aportar tropas en un número fijo, que dependía del poder y la riqueza de cada condado.

En el segundo documento, los condes se adjudicaban la capacidad de elegir por votación al próximo rey, debido a la ausencia de un heredero directo y en salvaguarda de la unidad del reino. También se aclaraba que a pesar de la existencia de vínculos familiares del difunto rey con diferentes condes, se consideró a todos como candidatos al trono. Ese documento también fue firmado por unanimidad.

En el tercero, para sorpresa de todos menos de Rejno y sus capitanes, el Conde Zuldur fue proclamado Rey de Jato, con el voto de siete condes, y fue coronado en ese mismo acto y bendecido por el Sacerdote Supremo.

-Mira la cara de algunos condes. –Le susurró Rejno a Waiti.

-Sí, eso veía. Va a haber guerra civil sin duda.

-Los elfos ya partieron hacia el Gran Lago, por si alguien hace alguna jugada sorpresiva.

Días después, el río devolvía barcas repletas de cadáveres de las tropas del joven conde Ulfurg, del condado del norte, al que le habían arrebatado el Gran Lago años atrás. Ulfurg fue condenado a muerte por traidor, y su familia desterrada. El Conde Giulio se hizo cargo de esas tierras con lo que se cumplió una vieja promesa.

-Ese Dowin nos traerá problemas. –Waiti le seguía susurrando a Rejno en la coronación.

-No, ya está con Zuldur. Ese tipo de gente siempre está con el más poderoso, y en este momento somos nosotros. –Le respondió Rejno.

Dowin no sólo fue quien lo nominó a Zuldur al trono, luego de disculparse por la "injusticia que había cometido al acusarlo en base a información falsa que había recibido", sino que, semanas después, aplastaba sin piedad a otro conde sedicioso con el que limitaba, con el que antes mantenía alianzas políticas y económicas marcadas. Para lucirse ante el nuevo rey, fue bastante más allá de lo necesario en violencia y en ajusticiamientos para con los sediciosos.

-¿Zuli? ¿Mencionaron a Zuli? ¿Y que la madre está muerta? –Continuaba Waiti en la ceremonia.

-Sí, deja asentado que tiene un hijo. De una esposa fallecida. Me parece una buena idea, así ya hay heredero, y sin comprometerla a Célene. –Reflexionó Rejno.

-Célene lo va a matar antes que nosotros. –Sonrieron.

Giulio falsificó todos los documentos que fueron necesarios para darle nombre y origen noble a la madre de Zuli, y de defunción claro. De todos modos el pequeño quedó viviendo en la fortaleza del Gran Lago, al cuidado de la nueva condesa de la región, Yánece, y su esposo Rejno.

-Geora también lo va a querer matar, se hizo nombrar rey sin que esté ella. –Continuó Waiti.

-Sí, en cuanto lo dejó solo se la mandó.

Lejos de eso, fue un gran alivio para Geora recibir la noticia. Ya había tejido sus redes y pensaba que había sido todo en vano cuando recibió la anterior, de que Zuldur había sido expulsado de la corte. En pocas semanas estaba con tropas del reino del sur listas en la frontera. El rey vecino las mandaba para ponerlas a disposición del Rey de Jato, para frenar a los del norte. Era un evento diplomático tanto histórico como desesperado. El rey del sur temía un jaque mate desde el norte si lo alcanzaban por ahí sus enemigos de siempre.

-Algunos de nosotros deberán quedarse con él aquí. ¿A quiénes le tocará?- Esta vez era Rejno quién preguntaba, ya al final de la coronación.

-Espero que a mí no. Todavía no volví a mi aldea desde que partimos a la Torre Blanca. Estoy desesperado por correr desnudo y pintado por el bosque. –Reaccionó Waiti con nostalgia.

-Además pronto seremos padres, tenemos que prepararnos. ¿No? –Completó su amigo.

Pero ambos sabían que no volverían. No pronto por lo menos. Unas semanas después estaban más lejos aún, hacia el sureste, asediando el castillo de otro conde que se arrepentía de los tres documentos.

Dudas y confianza

En el Árbol de Ardua Ub Lide, que ya tenía el tamaño de una torre de las grandes, con espacios para habitar o reunirse, se encontraron las dos reinas, Célene y Nábigüe, con los dos guerreros, Ódego y Bolongüé a discutir sobre la batalla que se acercaba. Era de noche, pero la luz de la luna era la preferida por los ojos élficos.

-El momento se acerca, Zuldur y todos nuestros aliados se han movido bien, tomando grandes riesgos pero se han movido bien. –Comenzó Célene. -Todo indica que llegaremos preparados y con probabilidades de éxito; pero a medida que nos acercamos más grave se vuelve cometer cualquier tipo de error. Los humanos deben resolver ahora su guerra civil, y luego vendrán para acá. Nosotros no podemos meternos en eso, pero Rejno está a cargo y confiamos en él.

-Nos hemos metido un poco. –Dijo Ódego. –Unas barcas con soldados de Ulfurg aparecieron en el Lago intentando sorprender a la ciudadela. No se esperaban barcos de guerra en el Lago, mucho menos con arqueros como los nuestros. Le entregamos las barcas y los sobrevivientes a Giulio en el astillero… Montó un espectáculo como los que acostumbra, pero esta vez tétrico y amenazante. Devolvió las barcas por el río, cargadas con cadáveres, y con el mensaje de que los demás están en el fondo del Lago. No devolvió testigos de lo que pasó para provocar más miedo, pero tiene encerrados a los sobrevivientes. Dice que los soltará después de la batalla del norte. Como sea, ya no son asunto nuestro; pero seguimos patrullando el Lago. Las tropas de este condado están con Rejno y Waiti en la guerra civil, las tuliís están en la ciudad capital con Apaí, Leam y algunos enanos porque los demás hacen armas. Sólo quedamos nosotros, pero estamos bien disimulados.

-Me parece bien. ¿Aún no hay incursiones desde el norte? –Preguntó Célene dirigiéndose a Bolongüé.

-Aún no, no se ha acercado nadie. Sí han intentado irse. Atrapamos a un nigromante queriendo huir hacia el norte; pero se suicidó con un veneno en cuanto se vio encerrado. Cuando llegamos

a él ya estaba muerto. Los exploradores que tenemos más al norte tampoco registran novedades, todavía estamos en la calma previa a la tormenta. ¿Tú percibes algo?

-Nada nuevo desde el norte, sólo la visión de siempre…

-¿Entonces qué te preocupa? –Le preguntó Nabingüé.

-Lo de siempre. Zuldur. Quiero pedirles que estén particularmente atentos con él. Algo del dragón volvió con él, su vocación de poder puede haber cambiado, aunque su corazón se mantenga fuerte. Saben que está incursionando en la magia con la guía de uno de nuestros magos, pero sospecho que tiene otras fuentes. Se ha tornado más inestable para mí, más que de costumbre… Y sin embargo el éxito depende tanto de la fortaleza de la confianza entre nosotros que me genera preocupación…

-Podemos mantener el nivel de confianza y estar atentos al mismo tiempo. –Dijo Bolongüé. –Lo demás lo hablamos abiertamente en el Consejo del Bosque.

-Lo que le preocupa a Célene, creo, -dijo Nábigüe –es que necesitamos más a los humanos que ellos a nosotros. Rejno es muy transparente en sus acciones e intenciones; pero Zuldur no. Creo, querida,

que simplemente debemos cultivar nuestra alianza con Rejno, en todo caso, luego seguirá Zuli. Si sobrevivimos a lo del norte.

-Estaré atento. –Aportó Ódego. –Pero la verdad es que también confío en Zuldur. Aunque no pueda ver mucho en profundidad. Por otro lado es cierto lo que dices. –Miró a Nábigüe. –Ahora luchamos junto a Zuldur, y es bueno tenerlo de este lado. Mañana construiremos junto a Rejno, y también es bueno estar del mismo lado. Cada cual tiene su rol. Igual, gracias por confiarnos tus dudas Célene.

-Es que hay algo más. Me pidió la esfera que tenía el dragón. Y se la negué. Ya tiene el anillo de los elfos, no le daré la esfera. Intentará reclamarla en el próximo Consejo; espero que me apoyen en dejarla acá. La esfera no le servirá para esta batalla. Luego veremos qué hacemos con ella. Ahora sigamos con lo importante. ¿Cómo está el camino del norte?

-Ya está casi todo listo. –Dijo Bolongüé. –Les mostraré los mapas.

En el sur

El castillo no portaba la imponencia de la Torre Roja, pero tenía lo suyo. Seis torres altas de piedra y madera rodeando el perímetro, muralla de piedra muy elevada y estandartes rojos cada tanto. No tenía fosa; pero sólo se accedía a él por el frente, ya que el resto daba a un profundísimo y ripioso acantilado.

Las murallas y torres, atiborradas de soldados. Con las tropas, estaban dentro sólo el conde y su familia. Habían dejado la ciudad a merced del invasor, calculando que no le convenía al nuevo rey el saqueo y la destrucción. Lo que sí metió el conde al castillo fueron todos los recursos que pudo, con lo que le quedó a Rejno el extra de traer alimento para la población.

El asedio al frente del castillo estaba montado, estaban armando las máquinas que

necesitaban para forzar la entrada, ariete, catapultas, torres móviles.

Waiti y Rejno habían salido de la tienda de mando y miraban el paisaje.

-¿Cómo fue que un tulií de la Madre Tierra que quería defender el bosque terminó en estas áridas regiones asediando a otros pueblos, del lado del mismo pueblo del que defendíamos el bosque y nuestra aldea? –Preguntó Waiti.

-¿Te refieres al tulií que quería correr por el bosque vestido sólo con algunos dibujos en el cuerpo; pero que está aquí con esas pieles encima, brazales, grebas y yelmo de metal? –Respondió Rejno.

-El mismo.

-No sé; pero debe ser por las mismas razones por las que ahora hay un hombre del bosque viviendo en la Torre Roja, custodiado por una legión de tuliís que seguramente también preferirían estar en el bosque.

-Quizás Naha tenga la respuesta.

-Diría algo así como…"Waiti". –Rejno parodiaba a su maestra. –Es una ilusión, tanto que las personas se forman a sí mismas, sin la relación con los demás, como que los pueblos se forman a sí mismos, sin relación con los otros. Si quieres un bosque o una choza segura, deberás ver la aldea, el condado, el

reino, el continente y así, no dominando todo sino atento a lo que pasa en todas partes, porque todo es una enorme red que une tus sentimientos y pensamientos, con la naturaleza, con los ejércitos, con el saber, con la política, con la poesía, con la guerra…-Fue dejando de parodiar para sólo ir expresando algunas reflexiones propias.

-Podrías trabajar en la Torre Blanca… -Dijo Waiti con una sonrisa.

-Si queda Torre Blanca después de que los necrófilos muevan toda la red. Es más, podríamos abrir una Torre Blanca en el Gran Lago. ¿Qué te parece?

-Bien; pero yo me voy al bosque. Ya está bien de torres. ¿No? Hablando de eso. Estas torres y muros podrían ser barridos fácilmente con las flechas élficas. ¿No te parece Rejno?

-Sí; pero no podemos mostrar a los elfos aquí, por la misma razón que no podemos recibir ayuda del ejército del sur que trae Geora, por más cerca que esté. No son convenientes políticamente. Lo que sí recibí cuando fuiste a ver a Geora, y espero no sea un error, es a toda esa gente que está ayudando en el armado de las máquinas de asedio. Son los zulduritas, que tanto combatió Giulio. Tiene razón, son fanáticos y nos van a traer problemas con el Sacerdote

Supremo; pero ahora los necesitamos. Los recibí con la condición de que no profesaran espiritualidad ni religión, que ni lo mencionen a Zuldur. Se han multiplicado, son muchos por las periferias del reino, y ahora se organizan para servir al rey. Dicen que también pelean, con puños y palos. Los he visto entrenar, algo de su técnica tienen… Yo pensaba que eran un efecto no deseado, pero ahora no sé si Zuldur no lo hizo con algún propósito. Están ayudando también a la población en todo lo que pueden. Eso no lo puedo evitar, salvo que salga a correrlos con el ejército. Son muy pobres pero traen sus propios recursos, no nos piden nada. No sé, por el momento los recibí.

-Lo hablaremos en el próximo Consejo del Bosque.

-¿En el que todos lo vamos a querer matar?

-Sí, en ese. Necesitamos terminar rápido aquí y volver al Gran Lago a prepararnos, se nos va acabando el tiempo. El Conde Dowin atendió a su sedicioso con mucha eficiencia. Con crueldad pero eficiencia. Sólo nos queda éste y nos vamos todos al camino del norte. –En cada palabra Waiti destilaba nostalgia. -La mitad de los enanos ya se fue para allá.

-Sí, Leam y la otra mitad debió quedarse en la capital, como seguro; pero parece que llegamos con

los preparativos. No veo la hora de llegar, Waiti.

-Y la ciudad estará esperando seguramente a su conde, el Conde Rejno. –Lo palmeó con confianza. –Voy a hablar con las tropas, nos vemos en un rato.

Tres días después atacaron el castillo. En esos tres días la cantidad de voluntarios zulduritas se había triplicado, ellos solos se encargaron del ariete y la puerta mientras los demás intentaban con las torres. Las puertas fue lo primero que cedió, y a partir de ahí debieron bajar los guardias de los muros a defenderlas entonces entraron por las torres de asedio. No duró mucho la batalla, en cuanto entró el ejército del rey, los defensores se empezaban a entregar, una vez adentro hubo muy poca pelea. Las únicas bajas fueron los más de cien zulduritas que murieron en la puerta, que ni los pudieron contar ya que ni bien terminó la batalla juntaron a sus muertos y heridos y desaparecieron.

Rejno y Waiti no desenvainaron, salvo al final, cuando entraron al salón donde estaban el conde y su familia, que Rejno clavó su hacha en la mesa antes de darle al conde un pergamino y una bolsa de cuero.

-Esa es tu orden de destierro. –Le dijo en voz alta y grave. –Los soldados tienen orden de matarte y a tu familia, en el acto, si te encuentran en el reino a partir de mañana. Sólo puedes llevarte esa bolsa. Ni

bienes ni siervos, todo pertenece a la Corona. ¡Ahora!

El conde quiso hablar y Rejno le dio una bofetada que lo tiró varios metros atrás. Los tres niños, la mujer y las siervas, que ya estaban llorando, lloraron aún más desesperadamente. La mujer juntó la bolsa, el pergamino, ayudó a su marido y se fueron con los niños. Sólo le susurró un gracias a Rejno cuando salían. Las siervas salieron por detrás y se quedaron solos.

-No creo que a los sediciosos de Dowin les haya ido tan bien. –Dijo Waiti, intentando relajar el rostro de Rejno.

-Definitivamente no. Pero… ¿Y si nos hubieran ordenado ejecutarlos? ¿Los íbamos a ejecutar?

-No creo… Por eso no nos lo pidió.

-¿Se lo habrá pedido él a Dowin? –Rejno se metía en terreno difícil.

-No sé, es tan probable que sí como que no. ¿Entonces? ¿Cuándo volvemos? ¿En cuanto llegue Geora a hacerse cargo de esto?

-Te tengo malas noticias, amigo. –Le dijo Rejno mientras transformaba su rostro de preocupación a pena.

-Ya sé, me quedaré aquí hasta que todo marche bien. Por lo menos sirvió para cambiarte la cara.

-Debemos dejar tropas reales aquí, las comandarás. Déjale saludos a Geora, lo lamento. No podemos hacer entrar un ejército extranjero para que la sostenga, así sí sería tomado como invasión por todo el pueblo.

-No hay problema, es un trabajo fácil. No hago más que posar. Mándale saludos a todos y todas por allá. Y a Apaí esto.

Le entregó una bolsita de cuero que desprendió de su cinturón, se abrazaron y se retiró.

-Nos vemos al amanecer, en una despedida más militar. –Dijo Rejno antes de irse.

-Bueno, supongo que estoy a cargo hasta que venga Geora. –Le dijo al hacha de Rejno antes de intentar quitarla de la mesa. –Mierda, está duro.

Salió y le ordenó a un par de soldados que la sacaran, y mandó a llamar a capitanes, propios y sitiados, a funcionarios en general por otro lado, y para más tarde, a todo el personal del castillo. Le esperaban muchas reuniones y guardias, nada de sólo poses.

A la mañana siguiente partió el Conde Rejno con sus tropas hacia su hogar. En público le pidió a Waiti el cuidado de este condado hasta la llegada de la Condesa Geora. En especial le pidió por el cuidado de los heridos de la batalla.

Ambos sabían que los zulduritas ya no estaban, pero no hablaron de eso. Rejno simplemente partió, un poco contento de volver, y un poco preocupado porque ya se acercaba el momento final. Waiti se quedó, ni contento ni preocupado. Solo por ahora, pero pronto estaría con una amiga, “aunque fuera Geora” recordó decir a los enanos. Solo en la puerta de un castillo, con toda la basura de haber sido sitiado y vencido. Se dio vuelta para mirarlo.

-Por lo menos no fue saqueado...- Hizo señas a sus hombres y entraron.

El Conde Rejno

El regreso de Rejno fue totalmente triunfal, con todos sus colores, el desembarco de los guerreros de la Ciudadela del Lago, el reencuentro de todos con sus familias y amigos, los abrazos y vítores, por el nuevo Rey y el nuevo Conde, el silencio por los caídos, que fueron muy pocos pero que los hubo; la fiesta del pueblo, como previa a la fiesta oficial, la música de los bardos, el baile ininterrumpido, el anuncio de la fiesta de casamiento del nuevo conde junto a la del nombramiento, las ofrendas, las promesas de un futuro glorioso que hacían comerciantes, artesanos, carpinteros, todos en fin. El abrazo de Yánece, los llantos de Tania.

Antes de que terminara la fiesta, la pareja se retiró a la fortaleza y Tania a la taberna para organizar junto al alcalde la fiesta que se avecinaba. En la fortaleza los esperaba Ódego, sentado solo en un

banco lateral del Salón del Conde. Luego de los abrazos y las felicitaciones pasaron rápidamente a los asuntos de guerra.

-No hay movimiento en las tierras del norte. –Empezó Ódego. –Tenemos una línea de comunicación fluida de exploradores por el norte y está todo en calma. Extraña porque ya estaríamos en tiempo de ver algo. Sólo hemos encontrado movimiento de pequeñas hordas hacia la montaña de las esferas, como si quisieran reabrir un camino por ahí.

-¿Y qué dice Célene? –Preguntó Yánece.

-Que la muerte se acerca, y que su sombra ya nos ha alcanzado. Pero no encontramos nada.

-Puede ser que vengan bajo tierra. –Dijo Rejno. -Si es así. ¿Cómo lo sabremos?

-¿A qué te refieres? –Ódego se mostró sorprendido.

-Si existe un dragón de tierra, puede estar haciéndoles túneles. ¿Pueden los elfos rastrear eso?

-Con muchas limitaciones…

-Hay que hacerlo, o nos encontraremos sorprendidos.

-Daré esas indicaciones, gracias amigo. Exploraremos en profundidad la montaña de las esferas también, por las dudas.

-Zuldur pidió una reunión del Consejo, para dentro de tres días. –Dijo Yánece.

-Bien, avisaré a Célene y a Bolongüé.

-Apaí llega mañana, Leam viene a la fiesta. –Contaba la condesa.

-Giulio, Waiti y Geora no podrán venir. Están lejos y ocupados. –Dijo Rejno. –No sé cómo piensa llegar el rey.

-Tendrá sus trucos. –Dijo el elfo. –Será la última antes de la guerra, lamentablemente no tendremos novedades sobre los posibles movimientos subterráneos. Mejor salgo ya mismo, tal vez puedo apurar la exploración si vuelo hacia el norte. Tal vez llegue a traer novedades al Consejo.

-Ve rápido, querido amigo. Lleguemos lo mejor preparados posible. –Dijo Yánece y lo abrazó. Luego Rejno, y partió. Veloz pero elegante, como siempre.

-Mañana la fiesta, luego partimos al bosque. Es mucho trabajo. ¿Cómo están? –La abrazó y le acarició el apreciable vientre.

-Estamos muy bien. Te esperábamos, te extrañamos. –Se besaron.

-Deberías descansar… - Sugirió el futuro padre.

-No me hagas reír. Tengo un condado que

administrar, una fiesta que organizar junto a mi suegra y un ejército que sustentar. Me voy ahora mismo, tú deberías descansar.

-Perdón, es sólo…

-Mejor ni lo digas.

-Bien. –Sonrió.- Yo también me voy a trabajar. Voy al cuartel a hablar y preparar las tropas. No todo es fiesta. Veré cómo reclutar más gente. Apaí trae oro para pagar salarios, necesitamos más gente.

-Ve. –Lo volvió a abrazar. -¿Quién en el Gran Lago no va a querer luchar junto al Conde Rejno? Y es el momento de reclutar mujeres, a lo tulií. ¿Sí?

-Sí.

El Consejo en guerra

La noche del Consejo, cuando llegaron Célene y Zuldur a la roca y el fuego, ya estaban ahí quienes iban a participar de la reunión. Leam, Ódego y Bolongüé felicitaban a Yánece y Apaí por sus embarazos y las llenaban de bendiciones acompañadas por algunos regalos. Rejno miraba la escena con aire reflexivo y lamentaba la ausencia de Waiti, mientras observaba que Apaí tenía atada en su cinturón la bolsita de cuero que le había mandado a través de él.

Todos se pararon y se acercaron mutuamente a abrazarse, saludarse, celebrar el encuentro, los embarazos y el trabajo hecho hasta ahí, pues no todos habían podido acudir a la boda.

Luego se sentaron en ronda y en un clima más serio Célene inició la reunión haciendo una pequeña síntesis de lo que había pasado hasta ahí y Rejno de

cómo se estaban organizando con el condado y el reino.

-Fue todo muy rápido y sorpresivo, pero acá estamos. –Dijo Rejno al final del reporte de su actuación. - El reino está momentáneamente pacificado y entrando en la administración de Giulio, quien justamente por eso no nos puede acompañar hoy. Las relaciones entre condados también son estables, por lo que ya no nos deberíamos preocupar, hasta la batalla por lo menos. Geora viene desde el sur con tropas de su condado y tropas del reino del sur, que viene sin banderas y todos cubiertos con capas para disimular su condición de extranjeros. Waiti la acompaña con tropas del rey. Los condes no saben que la batalla es inevitable y definitiva, pero se han comprometido a mandar tropas para consolidar una defensa para una posible invasión.

-¿Qué es eso que contaste de los zulduritas? –Preguntó Apaí.

-Son una secta que se ha ido formando alrededor del mito de Zuldur. –Explicó Rejno. -Sobre todo en las periferias del reino y como resistencia a la religión oficial de negar la existencia de la magia y de seres mágicos, y la prohibición de su creencia y difusión. Giulio siempre combatía estos brotes, para no tener problemas con el Sacerdote Supremo; pero

quizás Zuldur nos pueda contar algo sobre este nuevo impulso que tienen. –Le hizo un gesto como dándole la palabra.

-Sí. –Respondió el interpelado. -Son un movimiento, en esencia espiritual, que se ha ido formando solo al principio. Debo reconocer que últimamente los he alentado un poco, y he entrenado a algunos de sus dirigentes para el combate, para que a su vez entrenen a los suyos. Considero que pueden ser unos aliados importantes en la batalla, si les proveemos armas de asta sobre todo. Se autogestionan y no piden nada, es más, tienen organización como para brindar asistencia a algunas poblaciones que lo necesiten, como constató Rejno; pero de todos modos los fortaleceremos desde el tesoro de la corona hasta la batalla. Ya lo hablamos con Giulio. Trataremos de limar las tensiones con el Sacerdote Supremo, pero es lo que necesitamos ahora. Seguramente traerá problemas a futuro, pero atenderemos los problemas del presente. Aún no sabemos si sostendremos el reinado si sobrevivimos a la invasión.

-El problema que tenemos ahora, -continuó Rejno -es que no sabemos qué harán los invasores con esta nueva situación en el reino. No manifiestan movimiento. Nos hemos preparado para recibirlos en

el camino del norte. ¿Pero ahora qué pasará?

-El enemigo viene aunque no lo veamos. –Dijo Célene. –No tengo dudas de eso. Y el momento está muy próximo.

-Con respecto a eso. –Interrumpió Ódego. –Nuestros exploradores han enfocado la atención a movimientos subterráneos, pero no hemos logrado percibir nada.

-¿Movimientos subterráneos? –Preguntó Leam.

-Sí. –Le contestó. –Pensando en el dragón de tierra del que nos habló Atro…

-No debemos preocuparnos por eso. –Dijo Zuldur. –Los dragones no trabajan para los necrófilos. Pueden tener en algunas circunstancias intereses en común, pero no hay tal cosa como un gusano gigante haciendo túneles para ellos. Se los aseguro.

-¿Cómo puedes estar tan seguro? –Le preguntó Apaí.

-Otra cosa para contarles. Algo del dragón rojo quedó conmigo, y me acecha desde adentro, y por lo tanto también se expone a que lo conozca. Le permití a Célene entrar a mi mente para que él sepa que lo estamos viendo, y se cuide. –Miró a Célene y ésta asintió con la cabeza. -Pero cada tanto realiza movimientos… Es una lucha interna que tengo,

digamos, pero que me permite conocer cosas. No debemos preocuparnos por los dragones que quedan.

-¿Tienes más cosas para “contarnos”? –Le preguntó Rejno.

-De hecho sí. La razón por la que pedí esta reunión del Consejo. Tuve contacto como rey con un necrófilo. Escuché sus intenciones y lo dejé ir, con una carta al rey Meres y otra a Ódego, para que sus exploradores lo dejaran huir al norte. Al necrófilo le expliqué que la administración ha cambiado y que por lo tanto, su arreglo de tránsito por el reino ya no existe. Que me opongo terminantemente, pero que de todos modos enviaré a uno de mis condes a reunirse con Meres para empezar de nuevo conversaciones.

-Ese conde supongo que soy yo. –Dijo Rejno. -¿Quién es Meres?

-El rey de un pueblo muy pobre y sometido, del otro lado de las montañas. El primer pueblo por el camino del norte.

-¿Cuál es la idea Zuldur? –Preguntó Célene.

-Entiendo que es peligroso, pero mi lectura es la siguiente. ¿Qué información tienen los necrófilos? Que los reinos élficos ya no existen, en todo caso quedarán algunos dispersos por ahí. Que el dragón

tampoco existe, ni el demonio. Eso les deja el camino libre hacia el sur, ya que quedan sólo algunos pueblitos de humanos hasta la capital del reino. Saben que su títere ha caído, y que el nuevo rey era el conde que se oponía al acuerdo con ellos. Un desconocido, que a lo sumo intentará juntar humanos para impedir el paso, pero que no será nada para ellos. Pueden sospechar que los esperaremos en el camino del norte, por lo que intentarán cruzar algunas tropas por otro lado, como flexibilidad táctica. Todavía no vemos nada; pero le creo a Célene que ya están cerca. Necesitamos saber si usarán el camino. ¡Necesitamos que usen el camino! Todo lo que hemos preparado tiene sentido sólo si la batalla se da ahí. En cualquier otro escenario nos barren con facilidad y luego arrasan con todo.

-¿Entonces? –Preguntó Rejno.

-¿"Entiendo que es peligroso"? –Interrumpió Yánece. -¡Es una locura! ¡Va a la muerte segura! Va y se entrega al enemigo… -Hablaba con nerviosismo, al borde de perder la cordura. -¡Nosotros no tenemos tus trucos, Zuldur! ¿Cómo lo mandas así a que muera! ¿Para qué? ¿Qué es lo que estás buscando?

-No mando a nadie, Yánece. Termino de darles mi lectura. Decidan ustedes qué haremos. –Se quedaron en silencio un momento. –Tenemos a

nuestro favor que en su plan original, los necrófilos pensaban llegar al sur sin desgastarse en el camino, y quizás con el apoyo de las tropas del títere. Ahora deben estar calculando que probablemente no sólo no sumen, sino que quizás hasta pierdan tropas en el paso por nuestras tierras. Ahí es donde puede jugar Rejno, si, más allá de que va en nombre del rey, como conde del Gran Lago quizás pueda insinuar que su lealtad no es tan firme, y puede ser negociable. Si tiene éxito, tenemos alguna chance. Si no, o si no va, no tenemos posibilidades de incidir en la decisión de los necrófilos sobre por donde atravesarán estas tierras. Entonces, deberemos estar de acuerdo en correr ese riesgo.

-Me sigue pareciendo un suicidio inútil. –Dijo Apaí.

-A mí me parece que tiene sentido. Debo intentarlo. –Dijo Rejno. A Yánece se le llenaron los ojos de lágrimas; pero no dijo nada.

-Yo te acompaño. –Dijo Leam.

-Creo que debe ir solo. –Dijo Bolongüé. –Y definitivamente la posibilidad que tenemos es que la batalla se dé donde hemos preparado el terreno, si no, no somos nada para ellos.

-Yo también comparto la lectura de Zuldur. –Dijo Célene. –Pero no veo con claridad que el

sacrificio de Rejno nos dé alguna posibilidad más. Y es un sacrificio excesivamente caro para todos y todas aquí.

-Y agradezco el aprecio. –Agregó Rejno. –Y les pido un poco de confianza. Si no lo hago, ni siquiera importa dónde sea la batalla. Sólo con que larguen trasgos y orcos por el bosque ya destruyen lo que fue la razón de todo nuestro esfuerzo. Los elfos se pueden defender si no mandan sus guerreros a la batalla. ¿Pero los tuliís? ¿Y la aldea? ¿Y el bosque?

-Los elfos no nos atrincheraremos en nuestra aldea, Rejno. –Dijo Ódego.

-Lo sé. Debemos pegar todos juntos. Y debemos hacerlo donde lo preparó Bolongüé. Por eso debo hacerlo. Por eso lo haré.

-¿Y si no vuelve o no lo logra? –Preguntó Apaí.

-Tu pueblo puede venir a nuestra aldea, para que nos defendamos juntos. –Dijo Célene. –Pero nuestro ejército, el tulií, el enano y el del reino, estarán juntos, donde sea que nos enfrentemos con los necrófilos.

-En la montaña de las esferas quedan túneles en los que hay algunos movimientos de trasgos. –Dijo Zuldur. –Puede haber un paso al otro lado por donde pasen algunas criaturas. –Miró a Célene como confesando que había estado husmeando lo que

quedara de la biblioteca del nigromante.

-Estamos explorando. –Dijo Ódego. –Pero aún no tenemos novedades.

-Estaré atenta. –Dijo Célene.

Continuaron hablando sobre táctica y estrategia, sobre administración y recursos, sobre ideas y futuro. Sobre acciones y sobre sueños. Pero no hubo música ni baile en la cena. Zuldur fue el primero en irse. Supuestamente estaba cazando en algún bosque cercano a la capital.

-¿Cómo llegará rápido a donde debería estar? –Preguntó Apaí.

-No me sorprendería que ya pueda volar. –Le contestó Célene.

-Yo lo he visto levitar. –Dijo Bolongüé. -Hicimos bien en traerlo de vuelta.

-Ya veremos. –Contestaron varios al mismo tiempo.

Mientras volvían a su aldea, Bolongüé se acordó y preguntó -¿Y qué pasó con la esfera?

–Sobre la esfera hablamos antes de ir al Consejo. Entendió que no la iba a ceder y prefirió no dirimirlo allí. Supongo que se exponía demasiado. Estuvo de acuerdo en dejársela a Zuli. También acordamos que para los humanos la madre de Zuli ha muerto y que queda a cargo de Rejno y Yánece.

Pasará tiempo en su casa, para que la gente lo vea y lo vaya conociendo. Nuestra relación con los humanos será diferente a partir de todo esto.

Por los túneles del gusano

Al final viajó solo. Cruzó las montañas por el flamante camino del norte sin ningún contratiempo. Sólo se dio con la sorpresa de dos caravanas en distinto momento, viajando hacia el sur. Más allá de la política o la guerra, el comercio se abre camino con sus propias lógicas.

Cuando se acercó al reino que lo recibiría, la primera sensación fue de compasión. No sabía si era gente hospitalaria o agresiva, pero de seguro era gente testaruda y perseverante para sobrevivir en estas condiciones. La zona rural, todavía en montaña, era más que nada de cría de cabras. Algunos cultivos cada tanto, pero nada que ver con los prósperos campos del Gran Lago. La población, totalmente curtida, hasta los niños, lo veía pasar en silencio, tanto de él como de ellos.

La zona urbana no era menos pobre, sólo más

habitada. Tampoco menos silenciosa, nadie se le acercó a hablarle. Al medio día entró a la taberna para almorzar, y aún ahí era muy tranquilo.

Recién en la puerta del castillo del rey, le dirigieron la palabra. Los guardias lo interpelaron sobre su identidad y asuntos para venir hasta el castillo.

-Soy el Conde Rejno, del Gran Lago. Tengo una cita con el Rey Meres.

El guardia fue hacia adentro y al rato volvió con cuatro escoltas. Lo acompañaron por el interior del castillo hasta la torre del Rey. El lugar en sí no era tan pobre como el resto del reino, más bien pasaba como un castillo cualquiera, como el que habían sitiado con Waiti no hacía tanto tiempo. Sí estaba más militarizado que aquel castillo, y definitivamente mejor pertrechados sus soldados. Las prioridades políticas de este reino eran claras.

-Su Majestad, Rey Meres, de Gramb. El Conde Rejno, de Jato. –Anunció en voz alta un funcionario que hizo una reverencia y se retiró.

En la sala, bastante espaciosa y con estandartes, como cualquier sala real, estaban el rey en su trono, junto al trono vacío de la reina. De pie, a su lado, una figura encapuchada y con la parte inferior del rostro cubierto, que portaba un extraño báculo y

una toga ritual negra, como si fuera una especie de sacerdote o acólito. A los costados del viajero y en fila, seis soldados de cada lado, de reluciente uniforme plateado.

-Dime, extranjero. ¿A qué has venido?

-Su Majestad. –Contestó Rejno. –Vengo desde Jato con los saludos de nuestro rey hacia usted y su pueblo, y el mandato y la potestad para entablar con Gramb relaciones comerciales y políticas que podamos acordar en beneficio de ambos reinos.

-Los saludos puedes quedártelos. No reconozco a ese usurpador como mi par. Y las intenciones de comercio y política son lisa y llanamente un insulto. –Los doce soldados desenvainaron.

-Entonces mi viaje ha sido en vano. –Dijo Rejno sin inmutarse ni intentar desenganchar el hacha de su espalda que nadie le había pedido que se quitara al entrar.

-Yo no dije eso. No tendremos reconocimiento, comercio ni política; pero sí guerra. Si tu viaje fue en vano o no, dependerá de ti. ¿Cómo es que el conde usurpador del trono no nos permite usar el camino que él mismo ha construido?

-El Rey Zuldur, y el Consejo de Condes, han definido no participar en la guerra entre Gramb y

Samel, ni permitir el tránsito de tropas extranjeras por el territorio, de uno u otro bando.

-Pues vamos a pasar de todos modos.

-Entonces tiene razón. Tendremos guerra.

-Pensándolo bien, no tendremos guerra. Tendrán genocidio. Podrían haber salido ganando territorios en Samel, en lugar de eso perderán todo.

-Con todo respeto, señor, no me convence su seguridad.

-A mí no me convence tu tranquilidad. Te crees valiente hablándome así en tu situación. Tu usurpador se cree valiente rechazando a Gramb y sus aliados. Ambos son unos imbéciles. Sin embargo a ti te daré una oportunidad. En vez de matarte aquí mismo, te mostraré algo. –Dijo el rey y miró al acólito o sacerdote, pero este no respondió nada ni hizo gesto alguno. -¡Llamen al General! –Y uno de los soldados salió de la sala a toda prisa mientras envainaba de nuevo. –Veremos si sigues siendo valiente.

En un breve momento el General, casi del tamaño de Rejno, y con su uniforme plateado, estaba en la sala.

-¡Su Majestad!

-Lleva a este imbécil a que vea la cueva. Luego que se vaya.

-¡Sí Señor! –Miró al invitado. –Vamos. –Los soldados envainaron y todos salieron.

-Su Majestad. –Dijo Rejno con una discreta inclinación de cabeza y salió con sus escoltas.

Salieron a caballo pero no anduvieron mucho, apenas salieron de la ciudad atravesaron las puertas de un gigante muro de piedras en ruina. En cuanto entraron se detuvieron porque desde ahí se veía lo que le querían mostrar.

Había ahí un cráter del tamaño de una ciudad, con dos túneles que desembocaban en él y secretaban todo tipo de criaturas, tropas, maquinarias de guerra; con la intención manifiesta de llenarlo. Sin desmontar, el General de Meres se sacó el yelmo plateado para hablarle.

-Fue idea mía no matarte. –Rejno no respondió; pero su rostro demostraba auténtico pavor. –Pensé que te interesaría ver esto y llegaste en el momento justo. Ya no se te ve tan valiente.

-Es un buen ejército. –Dijo, recuperando la compostura.

-Es el ejército que va a ganar, que va arrasar todo lo que se le ponga adelante, y que va a castigar seriamente ese tipo de atrevimiento. –Lo miró a la cara. –También vamos a recompensar todo tipo de colaboración.

-Entiendo. No voy a poder convencer a mi rey; pero dile al tuyo que el Conde del Gran Lago colaborará con ustedes en el camino de las montañas.

-Eso pensé. Ahora puedes irte. –Dijo, y se puso el yelmo.

Rejno le dio la vuelta a su caballo y partió al galope. Y no dejó de galopar hasta que se encontró con uno de los elfos exploradores que lo esperaba y que salió a su vez a velocidad de elfo con el mensaje desesperado de “Ya están aquí”. Recién ahí le dio descanso a su caballo, y pudo descansar él.

Desesperanza

-Tengo la imagen muy presente. -Dijo Rejno.

Se había reunido en el bosque con Célene. Fue al bosque antes que nada y le dijo que necesitaba hablar con ella a solas.

-¿Puedes verla si entras a mi mente? –Continuó.

-Sí, si me lo permites.

-Hazlo, y dime por favor cómo hago para no caer en la desesperanza.

Entró, miró, analizó. Ella estaba de pie y él sentado en una roca. Se acercó y le abrazó la cabeza con mucho cariño. Mientras él lloraba ella recitó algo con palabras melódicas en su idioma. Estuvieron así un largo rato, hasta que quedaron en silencio, y le indicó que se pusiera de pie.

-Ahora junta fuerzas y organiza la defensa. Si caemos en la desesperanza nuestros seres amados

caerán en la desesperación. Piensa que es una bendición que nos hayamos preparado tanto para esto.

-Gracias. –La abrazó y partió hacia su casa, a los brazos de su amor, de su familia.

Una vez que se fue, Célene se dio sólo un breve momento para llorar, y partió también a preparar a su gente. Junto a Ódego y Bolongüé convocaron alrededor del Árbol de Ardua Ub Lide a todo el pueblo élfico y explicaron lo que se venía. La batalla en el camino de la montaña, la organización de la aldea, la acogida y la contención de la gente tulií y de la ciudadela del Lago. Un posible plan de evacuación si todo salía mal.

Apaí y Waiti hicieron lo propio con el pueblo tulií, donde señalaron que quienes no iban al combate partirían a protegerse y ayudar en la defensa de los elfos.

Leam organizó a los enanos. Todo el pueblo luchaba.

Yánece y Rejno reunieron al pueblo y hablaron en la ciudadela, sin explicitar que iban a refugiarse con otros pueblos y otras razas; pero advirtiendo que quienes no luchaban se refugiarían en el bosque.

Las barcas no pararon de traer tropas desde todos los condados, algunos condes inclusive

encabezaron a los suyos, como Dowin por ejemplo. Giulio administró y Zuldur se presentó entonces como un rey guerrero. Las tropas de Geora eran las primeras en estar en el terreno.

Los zulduritas aportaron tanta gente como el condado que más, y a través de su referente, Tatur, se ofrecieron para ser la primera legión; pero era un lugar que ya se habían adjudicado los enanos.

Con gusano gigante o sin gusano, el enemigo estaba peligrosamente cerca, por lo que el despliegue debió hacerse a toda prisa. En los días previos a la batalla se había visto más movimiento de trasgos en la montaña de las esferas, por lo que instalaron ahí torrecillas con arqueros tuliís y una empalizada con infantería y caballería también tulií.

Apaí y Yánece organizaron a los humanos en el refugio del Árbol. Los tuliís, si bien no conocían la aldea, sí a los elfos. Se sintieron muy cómodos y les encantaron las construcciones y todo lo que veían. Aprovecharon para aprender lo más que pudieron. Pero los humanos de la ciudadela, lisa y llanamente no lo podían creer. No podían creer que hubiera algo tan fantástico tan cerca de ellos, y que no estuvieran ni enterados. Todo su sistema de creencias se encontró arrasado como por una tormenta, y los llenó de incertidumbre y dudas, sobre las que tuvieron que

trabajar los anfitriones en un gran esfuerzo de hospitalidad y contención. Yánece, en este escenario, fue de vital importancia.

El grueso del ejército se instaló donde el camino de la montaña desembocaba en el valle. Era un gigantesco portal natural, ya que tenía sierras rocosas e intransitables a ambos lados. Bolongüé había estado preparando dos años el lugar. Si venía por ahí, el ejército necrófilo iba a tener que pelear en desventaja para poder entrar e instalarse en el valle. Pero si eso sucedía, a partir de ahí todo sería más difícil para los defensores del Gran Lago. Ni qué hablar si los tuliís eran derrotados y recibían un ataque lateral de trasgos. O peor aún, si iban directamente a desparramar terror por el bosque y el refugio.

Leam y los enanos se posicionaron como muro delante de todos. Los seguían los arqueros elfos y la maquinaria que habían preparado, grandes ballestas escorpiones, catapultas y unas cuantas especies de puentes con ruedas.

A la izquierda y a la derecha la caballería de los diferentes condados. Atrás, desplegado en abanico, el resto de las tropas, todas humanas.

En una loma, desde la tienda de comando, miraban el panorama el Rey Guerrero y su General, al lado la Reina de Ardua Ub Lide y sus magos y magas.

La grifo Drana también los acompañaba. Waiti, Geora, Leam y Ódego estaban cada cual con su gente. Lo mismo que Dowin y el zuldurita Tatur, que estaban casi juntos.

-Ya vienen. - Célene tenía sus ojos blancos.

-Estamos preparados. –Sentenció Zuldur apoyando la mano en el hombro de Rejno.

-Mucho más de lo que podríamos haber soñado. –Dijo Rejno antes de ponerse el yelmo de dragón, montar y dirigirse al frente.

La batalla

El camino era ancho y descendía hasta el valle entre las montañas, por lo que se lo podía ver desde abajo hasta que hacía una curva y se perdía tras las rocas. Con eso, el ejército necrófilo iba a ir mostrando sólo partes de sí, como una gigantesca serpiente que sale de a poco de su cueva. Por suerte para los defensores, porque de poder verse completo y de golpe, pocos soldados hubieran quedado en sus posiciones. Claro que no fue su cabeza lo primero que mostró la serpiente, sino las tropas de Meres.

Bajaron hasta donde terminaban de golpe las rocas montañosas, el portal podría decirse, y todo el ejército se detuvo, mostrando como esa parte del camino se llenaba de tropas. Al frente iba el General de Meres.

Al frente del muro de enanos estaban Gould, Leam y Rejno que desmontaba y echaba a su caballo.

El General de los necrófilos levantó una mano y sonaron unos cuernos, se escucharon unos chillidos que les erizó la piel y desde el fondo y la curva, apareció una bandada de criaturas humanoides pero aladas, mezcla de murciélago con cualquier otra criatura, que portaban arcos o lanzas.

Los enanos las veían venir y no se movieron de su posición, sólo levantaron sus escudos de escamas de dragón; pero antes de que llegaran o que alcanzaran a disparar una sola flecha, una nube de flechas élficas las derribó a todas y solo llegaron los cadáveres hasta los pies enanos.

El General plateado hizo entonces otra seña y se movieron estandartes en sus filas. El ejército abrió un pasillo por su centro y pasaron los arqueros, a los que no se les distinguía la raza; pero parecían humanos. Antes de que pudieran apostarse partió otra nube de flechas élficas y los arqueros intentaron volver desesperados para atrás, pero se chocaron con su propio ejército, entonces murieron ahí, junto a las cincuenta primeras líneas de la infantería. El General de Meres se salvó por su escudo, pero su caballo no. En ese momento se dio cuenta de que estaban a distancia de las flechas enemigas, y que sus arqueros nunca llegarían al muro de enanos, entonces lanzó su infantería, y dio la orden de que toda la gigante

serpiente de hombres y criaturas saliera de las montañas al valle.

-Ahora sí ahí vienen. –Dijo Célene.

-Ahora veremos los trabajos de Bolongüé. –Dijo Zuldur. -¿El líder de los necrófilos ya está aquí?

-Aún está lejos; pero se acerca. –Le contestó.

Al frente, los enanos desenvainaron. Rejno tiró el escudo que le habían prestado y desenganchó su hacha. Entre los enanos se realzaba su tamaño, el General enemigo veía sus movimientos con atención, esperando el quiebre en cualquier momento.

-¡Hora de trabajar! –Gritó Leam levantando su martillo y todos los enanos golpearon sus escudos.

Mientras la infantería corría hacia el muro de enanos, caían un montón de muertos por las flechas élficas que Rejno sentía pasar por sus costados, y en el momento del primer choque contra los enanos la tierra se rajó justo donde terminaba la montaña y empezaba el valle, y muchos necrófilos cayeron en ese acantilado; pero sobre todo, los capitanes dieron la orden de detener el avance del ejército y los que se habían lanzado hacia el valle quedaron solos y fueron masacrados entre las flechas élficas y el muro de enanos que avanzaba y los trituraban contra el acantilado que se había formado.

El General comprendió que no iba a haber

quiebre de Rejno, y que esta invasión no le iba a salir barata; pero el tamaño y la fuerza de su ejército era superior a esta resistencia y no se iba a detener acá.

-¡Un pozo no nos detendrá! –Gritó. -¡Avancen!

Del otro lado del acantilado ya no quedaban necrófilos. Los enanos y los elfos por detrás avanzaron hasta el borde y lanzaban nuevas nubes de flechas que azotaban a los invasores. Los de adelante se desesperaron por las flechas y porque los de atrás los empujaban a la fosa, y comprendieron que la iban a llenar de cadáveres para poder pasar. La serpiente gigante de criaturas avanzaba irrebatiblemente.

Cuando la fosa estaba casi llena de cuerpos, otro acantilado se abrió más adentro del camino en la montaña, donde también cayeron necrófilos y otros fueron aplastados por derrumbes de las rocas de las laderas; y otro acantilado más allá, y otro, seccionando la serpiente en tres partes que quedaron atrapadas. De todos modos no se detuvo, desde el fondo seguía empujando gente para llenar las fosas, una por una.

Quienes quedaron entre fosa y fosa sí se detuvieron, como esperando que los alcanzara el río de soldados necrófilos que iban llenando las fosas desde atrás.

Desde el borde de la primera fosa, que estaba casi llena, los elfos mataron con sus flechas a todos hasta la segunda fosa; entonces trajeron los puentes con ruedas y pasaron hasta la siguiente y desde ahí mataron a los de la siguiente sección.

Los caballeros no dejaron de traer flechas. También pasaron los escorpiones y las catapultas y la infantería de Jato, que se posicionó en esa primera sección.

-¿Cuántos soldados tendrán, que los usan para llenar las fosas? –Preguntó Leam.

-No querrás saber. –Le contestó Rejno mientras miraba el cuerpo sin vida del General enemigo. –Mira, acá se acaban los uniformes de Meres y empiezan otros. –Señalaba cadáveres. –La pregunta sería cuántos reinos tienen, para poder llenar fosas con ellos.

El ejército necrófilo ya había llenado de cuerpos la primera fosa de aquel lado y avanzaba sobre lo que sería la tercera sección y empezaba a lanzar al siguiente foso a quienes estaban ahí.

Desde este otro lado, los defensores se habían instalado en la primera sección y desde ahí habían matado a los de la segunda a tiro de arco, mientras preparaban las catapultas y escorpiones, con los que dispararon a la tercera sección, que eran los que

además empezaban a caer a la fosa empujados por los suyos. Y la serpiente río seguía avanzando implacable.

-Mira. –Dijo Leam. –Volvieron a cambiar los uniformes.

-Y el río no se detiene, ni se va a detener. Simplemente nos empujarán hasta el valle y ahí se desparramarán.

Las catapultas y escorpiones desgarraban el ejército que avanzaba, aun así, llenaron la segunda fosa desde aquel lado y avanzaron sobre la segunda sección, donde ya no quedaba nadie con vida. Así, los arqueros élficos descargaban sobre la segunda sección y las máquinas sobre la tercera, y los uniformes y estandartes cambiaron de nuevo.

A pesar de todas las muertes a flecha en la segunda sección y a piedras y arpones en la tercera, el río de muerte seguía avanzando y ya tiraba sus primeros cuerpos a la última fosa que les quedaba por llenar, junto al frente del muro enano.

-¿Y cuando llenen ésta, lucharemos? –Preguntó Gould mientras veían caer cuerpos desesperados y espantados a la fosa.

-No. –Le contestó Leam. –Ahora nos volvemos al valle.

Los enanos se replegaron y quedaron los elfos y los que manejaban las máquinas, y quienes iban y

venían llevando municiones.

-Es hora de irnos. –Le dijo Rejno a Ódego cuando la fosa estaba medio llena y todos se fueron corriendo, abandonando las máquinas.

Volvieron a ocupar su posición en el valle, detrás del muro de enanos; pero no dispararon a quienes llegaron a la primera sección después de llenar la última fosa de cadáveres. El río necrófilo volvió a llenar el camino y ya casi llegaba a la primera fosa, la de la entrada al valle, la de los puentes. Entonces toda la sección, desde la primera fosa hasta la segunda, se desplomó y cayeron miles en ese desplome, y las rocas que se derrumbaron de las montañas les cayeron encima.

-Parece que no lucharemos. –Dijo el enano Gould cuando vio el ejército derrumbarse en la montaña.

-No te preocupes. –Le dijo Rejno. –Sí que lucharemos. Esto recién empieza.

La serpiente de soldados se detuvo, ahora sí.

-Ahora sí está enojado. –Dijo Célene. –Se dio cuenta de que cometió un gran error, y que sí tiene un obstáculo aquí. Su furia crece. Viene hacia aquí.

-Entonces es nuestra entrada. –Dijo Zuldur. –Dime dónde lo encontraremos.

-Es más poderoso de lo que crees. Y ya notó mi

presencia. –Célene continuaba con los ojos en blanco.

-Entonces deberías haberme dado la esfera. ¿No?

-No. Claro que no.

-¿De los tuliís? ¿Hay noticias?

-Dame un momento. –Esperaron en silencio. –No hay novedades.

-No creo que los visiten. Los trasgos y orcos están aquí. –Zuldur señaló con el dedo hacia la montaña.

Cuando se disipaba el polvo de los derrumbes, pudieron ver miles de trasgos y orcos trepando, bajando y subiendo sobre rocas, escombros y cadáveres.

-Parece que se les acabaron los humanos. –Le dijo Leam a Rejno.

-Parece que ahora sí lucharemos. ¡Ódego! ¡Disparen!

Volvieron a salir nubes de flechas desde el valle hacia la montaña. Miles caían y miles llegaban y se chocaban contra el muro de enanos y eran despedazados; pero el río de muerte volvió a fluir perseverante en su podredumbre y los enanos fueron cayendo.

Las tropas de Geora entonces se ubicaron entre los enanos y los elfos, que no dejaban de

disparar.

-¡Atrás Leam! ¡Repliégalos atrás de Geora y reagrúpense! –Gritó el General y las tropas del sur se unieron al muro y los enanos que quedaban, de a poco, se retiraron hacia atrás. -¡Que Waiti y Dowin se preparen!

Si bien morían de a miles, el río negro no dejaba de bajar, era indetenible. El muro de escudos de Geora y los arqueros de Ódego empezaron a retroceder y las tropas de Waiti de un lado y de Dowin de otro hicieron como de extensión de los muros que significaban las montañas. El río entraba por fin al valle pero aún estaba contenido.

Seguían muriendo de a miles, pero esta vez de ambos bandos. Las columnas de criaturas no se terminaban nunca. También habían cambiado estandartes y vestimentas, muchas de sus tribus o reinos ya habían perecido; pero también muchos defensores. A los muros de Geora, Waiti y Dowin ya se habían sumado todas las tropas de los condados, y la caballería cubría aquí y allí, por donde los muros iban cediendo. Los magos élficos estaban al límite también, dando fuerzas a sus tropas, pero conscientes de que no podían gastar todo su poder ahora. Sólo quedaban los zulduritas como reservas, ansiosos por entrar al juego.

-Ahí está, Zuldur. En la puerta misma. –Dijo Célene. –Sabe que fue derrotado. Sus tropas ya no valen nada para invadir el reino de Samel. Ahora sólo quiere venganza con nuestra tierra. Sólo quiere abrirse camino para castigar a nuestra gente.

Un ejército muy disciplinado y equipado con armaduras rodeaba una caballería liderada por quien sin duda era su líder. Sobre un caballo acorazado más grande de lo normal, un ser de rostro humano vestido con túnica portaba un báculo encendido por una luz grisácea con manchas negras. Por detrás venía un séquito de acólitos encapuchados con túnicas moradas y báculos, rezando a gritos en un idioma extraño.

Un hedor horrible, más que de cadáveres de un sinnúmero de criaturas, inundó todo el campo de batalla.

Las hordas de trasgos y orcos también se les habían terminado; pero habían conseguido entrar al valle, aunque rodeados por los muros de las tropas defensoras. Ahora, en el terreno ganado, entraban las verdaderas tropas de los necrófilos, bien pertrechadas, entrenadas, disciplinadas, envalentonadas con los gritos pavorosos de los acólitos.

-Llévame a él. –Le dijo Zuldur a Célene, y

ambos montaron sobre Drana.

Desde el aire vieron como el ejército oscuro no dejaba de bajar de la montaña, y llenaba y expandía la burbuja de defensores que los contenía. Era cuestión de tiempo para que colapsara.

Rejno y los suyos ya estaban agotados de tanto matar, y muchos compañeros ya habían caído. Las criaturas débiles ya se habían acabado y ahora cada contrincante costaba mucho más esfuerzo de vencer, y ya en muchos casos, vencían ellos y avanzaban.

Entonces, se abrieron camino desde el interior invasor una legión con ballestas que liquidó de un solo movimiento el muro de Dowin, y otra legión de caballería pasó por ese hueco hacia los arqueros elfos. En un movimiento colectivo muy coordinado, los elfos y elfas soltaron sus arcos y saltaron desenvainando sables con los que decapitaban a los jinetes, pero éstos no dejaban de pasar y muchos no alcanzaron a dar el segundo salto, o el tercero. Cuando la caballería terminó de pasar ya no quedaban elfos ni elfas, los arrasó y aplastó, y se fueron del campo de batalla hacia el sur, como desesperados por saquear y matar en estas tierras.

-Dile a Tatur que entren por ese hueco hacia el necrófilo, y a Rejno que liquide los acólitos, yo me

bajo acá. –Dijo Zuldur y se tiró de la Grifo, y desapareció en el aire.

Tatur escuchó la orden en su mente, y los zulduritas, las últimas reservas defensoras, entraron corriendo por el hueco que se había hecho en la defensa. La primera línea murió a pivotes de los ballesteros; pero siguieron avanzando y penetrando como una brisa escurridiza que iba dejando cadáveres a su paso.

Rejno pisaba una coraza negra para arrancarle su hacha cuando escuchó el mensaje de Célene. Quitó el hacha ensangrentada y corrió hacia atrás, hacia la caballería. Había visto la caballería enemiga salir y no volver, y pensó lo peor. Por el camino hasta los caballos lo encontró a Waiti luchando contra dos caballeros, lo ayudó matando por detrás a uno y cuando su amigo liquidó al que quedaba lo agarró del brazo para sacarlo del campo de batalla.

-¿Qué pasa Rejno?

-Su caballería salió de la batalla y se fue hacia el sur. Van a por nuestra gente, debemos hacer algo.

Montaron pensando en los suyos, en especial pensando en Apaí y Yánece.

-¿Cuál es la orden, General? –Preguntó el capitán de la caballería cuando llegaron a ella.

Mientras tanto, los acólitos avanzaban, hasta

que varios metros delante del necrófilo hubo una explosión de fuego que mató a muchos y otros salieron corriendo a tirarse al suelo para intentar apagar las llamas de su vestimenta. El báculo del necrófilo tomó más brillo y lanzó hacia las llamas una descarga de rayos. Cuando el fuego y el humo se disiparon, estaba Zuldur detrás de una semiesfera de energía que lo protegía de la descarga interminable del nigromante. Detrás de Zuldur aparecieron los zulduritas y se formó otra lucha ahí, en el interior de las fuerzas negras que habían bajado hasta el valle, además de la de los bordes de la defensa.

Los acólitos gritaban con mayor intensidad, y mayor era la intensidad de la descarga del nigromante. El Rey Guerrero sostenía la semiesfera con ambas manos, con mucha dificultad.

-Vamos Rejno. ¿Cuándo llegas? –Dijo para sí.

Los zulduritas luchaban con frenesí; pero empezaban a ser encerrados. El escudo de Zuldur por fin cedió, y la descarga lo empujó muchos metros hacia atrás, y dejó su cuerpo humeante junto a una pila de cadáveres.

El nigromante necrófilo desmontó y fue hacia el cuerpo. Lo observó. Su báculo tomó más brillo y empezó a descargar sobre los zulduritas que luchaban dándole la espalda. También mataba a los suyos, no le

importaba.

Pero sí le importó cuando vio una caballería arrasar a sus acólitos. La vio porque giró para verla cuando sintió una merma en su poder. Un grito espeluznante se escuchó en todo el campo de batalla. Las descargas se dirigieron hacia los caballeros, pero tratando se ser más precisos, tratando de salvar algunos acólitos. Jinetes y caballos eran fulminados. Algunos sólo derribados con los últimos coletazos de las descargas. Entre esos, Rejno, que cayó con todo el cuerpo entumecido, pero con vida.

Logró ponerse de pie, pero su cuerpo encorvado le pesaba demasiado. Había perdido el yelmo y el arma. No conseguía mover sus brazos, por lo que no podía levantar un arma del suelo, sin embargo siguió caminando hacia el nigromante, que no dejaba de lanzar descargas. Cada vez menos intensas, cada vez más débiles, pero seguía matando zulduritas y caballeros a su alrededor. A su vez, el círculo de enemigos se iba cerrando sobre ellos, y abriéndose hacia afuera, eliminando las defensas. La montaña no cesaba de vomitar necrófilos.

Rejno llegó hasta unos metros frente al nigromante y ya no pudo sostenerse más en pie y cayó de rodillas; pero no dejó de mirarlo, como queriendo ingenuamente matarlo con la vista. Él también lo

miró, y dejó de lanzar rayos.

-El Conde Imbécil que condenó a su pueblo. –Le dijo. –Te dejaré vivo, para que puedas ver lo que le hago a cada ser en esta tierra inmunda y traicionera.

Rejno consiguió juntar fuerzas para ponerse de pie de nuevo y caminar un poco más hacia su enemigo; pero no podía levantar los brazos para pegarle, ni siquiera hablar para insultarlo. Igual caminó hacia él, en medio de sus carcajadas.

Como si tuviera poderes mentales, vio que el torso del monstruo se separó de su cintura y cayó al piso, y las carcajadas se convirtieron en gritos de dolor. Un Zuldur con la piel quemada y aún humeante lo había partido a la mitad con un mandoble de la pila de cadáveres.

Cuando terminó de gritar, el necrófilo intentó retomar su báculo en el suelo, pero su verdugo le cortó el brazo. El báculo entonces se apagó y se encendió uno de sus anillos, pero en cuanto levantó la mano también se la cortó.

-Crees que ganaste; pero yo soy sólo el aprendiz. –Dijo antes de que el mandoble le destrozara la cabeza.

Una nueva legión de acorazados llegaba y vio la escena. El capitán oscuro miró hacia todos lados, dio unos gritos y sonaron unos cuernos. Se dieron la

vuelta y empezaron a retirarse. La serpiente del camino empezó a volverse hacia la montaña.

Zuldur hizo unos pasos y se agachó como buscando algo en el suelo, y allí cayó. Rejno caminó hacia él, y lo cubrió con su cuerpo mientras el resto de las tropas necrófilas que quedaban en el valle huían hacia las montañas.

Cuando todos se habían ido y los sobrevivientes se reagrupaban, Bolongüé y un ensangrentado Leam los encontraron así, abrazados e inconscientes en el suelo.

El viento y el lago

Waiti concluyó su narración y se paró para servirse otro jarro de cerveza, Zuli aprovechó para levantarse y caminar un poco alrededor de la mesa. La historia que había contado no tenía todos los detalles que llevaba, sobre todo faltaron las partes de las que el tulií no se había enterado; pero la crónica era más o menos esa.

Aunque recordar lo conmovía en su interior, seguía manifestando la calma del lago.

-¿Y qué pasó con la caballería que se abrió camino hacia el sur? –Preguntó el joven como viento que intenta mover el agua.

-Antes de que nuestra caballería entrara a la batalla, Rejno me mandó a buscar a los tuliís que vigilaban la salida de la montaña de las esferas. De ahí nos fuimos al bosque a preparar la defensa. Los jinetes fueron a la ciudadela y no encontraron a quién

matar, fueron a mi aldea y tampoco. Al final, entraron al bosque, donde fueron muy vulnerables, y los emboscamos. Ninguno salió vivo de ahí.

-Salió todo bien.

-No tanto. Tuvimos muchísimas pérdidas. Pero si hacemos un balance, sí. Ganamos. Y nos sostuvimos. El reino del sur también tuvo su batalla desde el mar, y también los repelieron. Samel quedó bien consolidado, igual que nosotros. Desde entonces, ya lo sabrás, sostenemos una alianza política y comercial que nos ha beneficiado a ambos.

-¿Y los necrófilos?

-Creemos que se estarán reorganizando en algún lado. Perdieron el control sobre los reinos del norte, de casi todos. Del control directo por lo menos. Como imperio que eran, desaparecieron.

-¿Y mi padre?

-Las heridas que recibió no fueron sólo en la piel y la carne. Lo infestaron con algo más. Los sabios decían que sólo se mantenía vivo por el anillo élfico. Rejno fue el único en sobrevivir con ese tipo de herida, porque había sido leve para él, sin embargo también crecía la infección y los sabios ya no podían detenerla.

-¿Y cómo se salvó?

-Tu madre y los sabios lo pudieron curar con

su anillo. –El joven no entendía, y lo expresó en su rostro. –Zuldur había recogido el anillo del nigromante, pero Célene le pidió que no lo usara, y mucho menos junto con el anillo élfico. Cuando pasó el tiempo y la infección avanzaba, tu padre voló en Drana siguiendo el consejo de Rejno de buscar y consultar a Atro, en la cuna de dragones…

-¿Y qué sucedió?

-A los pocos días volvió la grifo sola, con el anillo élfico en un relicario de su collar. Zuldur lo mandó para Rejno, y con él lo curaron.

-Entonces murió.

-O se puso el otro anillo…

-Es muy probable.

-Zuli. –Se puso de pie y le apoyó la mano en el hombro. –Antes de irse, tu padre me aseguró que volverá, entonces yo lo espero. Mientras, gobierna Rejno como Regente. Probablemente tú seas coronado antes de que vuelva. Igual lo espero, como espero a los necrófilos, atento y trabajando. Vuelva antes o después, tú eres el próximo Rey.

-Yo aún no decido qué hacer con lo que ustedes me dejan.

-¿Insinúas rechazar la corona?

-¿Y qué te sorprende? En tu pueblo los jóvenes tienen la posibilidad de elegir qué hacer con

la cultura que les heredan. ¿O no?

-Pero tú no eres un tulií, ni un elfo, a pesar de tu madre… Ni un hombre del bosque. Eres el Príncipe Heredero de Jato.

-Claro. ¿Pero sabes qué? –Ahora él apoyó la mano en el hombro del guerrero. –Yo decido quién soy. De todos modos, gracias por el relato, y por todo lo que me enseñaste.

Rejno

Ya sea para mantener el equilibrio, o defender la vida, o rechazar el avance de la muerte; no alcanza con el conocimiento o la espada, la magia o la tecnología...

No alcanza con nada si no es a través de fuertes vínculos de confianza y unidad entre quienes quieran sostener ese equilibrio, o esa vida; entre quienes auténticamente combaten la necrofilia.

ISBN 978-987-86-0694-1

9 789878 606941